

“Trigo de pan y de cultura”. Juan Antonio Campuzano Hoyos: odisea vital, compromiso político y literatura

LUIS IGLESIAS RODRÍGUEZ (PROFESOR DE LENGUA Y LITERATURA)
JUAN JOSÉ IGLESIAS RODRÍGUEZ (UNIVERSIDAD DE SEVILLA)

RESUMEN

Juan Antonio Campuzano Hoyos es una figura destacada del Puerto Real del siglo XX. Su peripecia vital estuvo íntimamente ligada al decurso de la historia de España del pasado siglo. Su singular personalidad y sus múltiples facetas como político, periodista, profesor, escritor, traductor y poeta hacen de él un personaje digno de recuerdo y estudio. En el presente artículo intentaremos dibujar los principales trazos de su biografía y realizar una breve aproximación a su obra literaria.

PALABRAS CLAVE

Republicanismo, masonería, Guerra Civil, literatura, Puerto Real, siglo XX.

“Wheat of bread and culture”. Juan Antonio Campuzano Hoyos: life odyssey, political commitment and literature

LUIS IGLESIAS RODRÍGUEZ (PROFESOR DE LENGUA Y LITERATURA)
JUAN JOSÉ IGLESIAS RODRÍGUEZ (UNIVERSIDAD DE SEVILLA)

ABSTRACT

Juan Antonio Campuzano Hoyos is a prominent figure of the Puerto Real of the 20th century. His vital vicissitudes were closely linked to the course of the history of Spain in the last century. His singular personality and the many facets of him as a politician, journalist, teacher, writer, translator and poet make him a character worth remembering and studying. In this paper we will try to draw the main lines of his biography and make a brief approach to his literary work.

KEYWORDS

Republicanism, Freemasonry, Civil War, literature, Puerto Real, 20th century.

INTRODUCCIÓN

A fines de los años ochenta del pasado siglo, uno de los autores de este trabajo, Luis Iglesias, emprendió una tesis de licenciatura sobre el poeta puertorriqueño Juan Antonio Campuzano Hoyos. Para ello, reunió materiales, analizó su producción poética y, habiendo ya fallecido Campuzano, entrevistó a miembros de su familia y entorno para obtener información relevante sobre su vida y obra. Por circunstancias académicas que no hacen al caso, aquel trabajo quedó inconcluso. Por entonces, el material publicado sobre Campuzano era muy reducido, casi inexistente. Con posterioridad, al calor de los estudios sobre el republicanismo, la masonería y la represión franquista, la investigación ha ido dando a conocer aspectos relevantes sobre nuestro personaje. El escritor Aquilino Duque, recientemente fallecido y que mantuvo una relación de amistad y cercanía con él, incluyó retazos biográficos y anécdotas sobre Campuzano en sus obras, convirtiéndolo en un personaje literario. Especialmente, en su difícilmente clasificable ensayo *Mano en candela* hizo comparecer la figura de Campuzano a lo largo de sus páginas, que por momentos aparentan constituir una biografía, algo novelada eso sí, del poeta puertorriqueño¹.

Nos ha parecido oportuno recoger todos estos materiales y otros a nuestro alcance en un artículo de la revista *Matagorda* que, sin ánimo de exhaustividad, contribuya a difundir el conocimiento acerca de la singular vida y obra de Juan Antonio Campuzano. En este trabajo, que deberá atenerse a las exigencias de una obligada síntesis, plantaremos los principales hitos de su decurso vital, presentaremos sumariamente el contenido y caracteres de su obra, tanto periodística como literaria, y trataremos de llevar a cabo una aproximación a los perfiles de su singular personalidad. Reivindicamos con ello para Campuzano un lugar de privilegio en la memoria colectiva de Puerto Real, como protagonista y exponente que fue de una etapa compleja y apasionante de nuestra historia.

CAMPUZANO: APUNTES BIOGRÁFICOS

Juan Antonio Campuzano Hoyos nació en Puerto Real el 17 de febrero de 1906. Pertenecía a una familia cántabra afincada en la villa desde el siglo XIX. Su padre, Juan Campuzano Hoyos, se estableció en Puerto Real, instalándose en un primer momento en casa de un pariente suyo, Rafael de Hoyos, que algún tiempo atrás había llegado desde Torrelavega. Ya en nuestra localidad, emprendió negocios como comerciante de comestibles y ultramarinos, algo común entre los muchos montañeses emigrados al sur², y como bodeguero. En

1 DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, Madrid: Pre-Textos, 2002.

2 SOLDEVILLA, Consuelo y RUEDA, Germán. "Los emigrantes montañeses", en *Historia de Cantabria*, vol. 2 (*La Cantabria contemporánea*). Santander: Editorial Cantabria, 2007, pp. 109-116.

1901, Juan Campuzano casó en Cantabria con su paisana Consolación Hoyos, matrimonio del que nacieron numerosos vástagos: el propio Juan Antonio, Mari Pepa, Rosalía, Rafael, Antonia, Joaquina, Consolación y María del Carmen.

La infancia de Campuzano debió transcurrir felizmente en la bulliciosa casa familiar, rodeado de su extensa familia. Aquilino Duque recuerda una vieja fotografía en la que el poeta aparece de niño, vestido de marinerito, junto a su tío, veterano de la Revolución Gloriosa de 1868, un personaje admirado por Campuzano que debió influir, y no poco, en sus ideas y visión del mundo. Aquella relativamente cómoda existencia le procuró la posibilidad de adquirir una educación y, muy posiblemente, de acceder a lecturas que fueron conformando sus inclinaciones literarias.

Campuzano cursó estudios de peritaje mercantil, que le resultarían muy útiles cuando en 1929 falleció su padre y hubo de ocuparse de los asuntos familiares. Pero no parece que los negocios fuesen para él su mayor prioridad. Un poco antes, durante la dictadura de Primo de Rivera, ingresó en la política, en el por entonces clandestino Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, y profesó también en la masonería³. En efecto, Campuzano consta como iniciado en 1927 en el Triángulo *Colón 17/54* (aún no constituido en logia), llegando a ser Orador y adoptando el nombre simbólico de *Salvochea*⁴, mítico alcalde gaditano de la Primera República. En agosto fue dado de baja por falta de asistencia, aunque se reintegraría de nuevo a la obediencia y en 1929 firma su testamento masónico a favor del Venerable Maestro del Triángulo, José Blanco Pinzón. Sin embargo, en agosto de 1932 Campuzano solicitó su plancha de quite, y con su baja quedó sin efecto su exaltación al grado 2º del escalafón masónico⁵.

Al convocarse las elecciones municipales de abril de 1931, que acabarían con la proclamación de la Segunda República, Juan Antonio Campuzano se presentó en Puerto Real por el Partido Republicano Radical⁶. Resultando ser el candidato que obtuvo un mayor número de sufragios, fue elegido como alcalde del primer ayuntamiento republicano de la localidad, cargo que abandonó poco tiempo después para ocupar el puesto de vicepresidente y, a continuación, el de presidente de la Diputación de Cádiz, tras la dimisión de

3 MORENO TELLO, Santiago. *Periodistas represaliados en Cádiz*, Cádiz: Asociación de la Prensa, 2008, pp. 21-23.

4 Una obra general sobre la temática en ÁLVAREZ REY, Leandro. *La masonería en Andalucía*, Granada: CajaGranada, 2010. Específicamente, acerca de la masonería en Puerto Real, PIZARRO FERNÁNDEZ, José. "La represión franquista de la masonería en Puerto Real", en *Matagorda*, 1, 2015, pp. 107-138.

5 Centro Documental de la Memoria Histórica, Masonería, A, C.666/3. Debemos la referencia al profesor Leandro Álvarez Rey.

6 Un buen resumen de la biografía de Campuzano puede encontrarse en la obra de LANGA NUÑO, Concha. *Periodismo y represión: los periodistas gaditanos y el Franquismo (1936-1945)*. Cádiz: Quórum, 2009.

Pedro Icardi. Como responsable provincial, Campuzano fue designado para representar a la Diputación gaditana en la Asamblea Regional Andaluza celebrada en Córdoba que promovería en 1933 el anteproyecto para un estatuto de autonomía.

Las convicciones de Campuzano no se debilitaron durante la primera andadura de la recién nacida república, pero sí su confianza en los gobernantes republicanos y en la deriva política de la nación. Los desórdenes públicos, y de manera singular los tristemente famosos sucesos de Casas Viejas y el horror que le produjo la dureza de la represión de este movimiento, le llevaron a una posición abiertamente crítica con el gobierno del bienio reformista⁷. Según propia confesión, al campo republicano le llevaron la lectura de las obras de Joaquín Costa (posiblemente también el ejemplo de su tío, revolucionario del Sexenio) y la esperanza de una república fraternal, justa y humana que acabara con la corrupción política y los abusos del caciquismo oligárquico. Una república idealizada, "con la Ley en una mano y el pan en las dos", como acertó a escribir, inspirada en los próceres republicanos del siglo XIX: Pi y Margall, Salmerón, Castelar, Ruiz Zorrilla, Salvochea... Sin embargo, en Campuzano se advierte una temprana decepción por la marcha de la República. En su opinión, los gobernantes habían defraudado las esperanzas depositadas por el país en el cambio de régimen, expresadas jubilosamente en toda España durante la decisiva jornada del 14 de abril de 1931. Desde los editoriales que firmó como director del periódico *El País*, órgano del Partido Republicano Radical (cuya redacción y administración se situaban en la calle Cánovas del Castillo, hoy de la Plaza, nº 60), denunció el divorcio entre el Estado y la Nación⁸, así como la degeneración del orden social y económico. En abril de 1933 insistía en sus críticas al gobierno azañista y celebraba como una clara expresión de la opinión pública el resultado de las elecciones municipales que tuvieron lugar el día 23 de aquel mes, en las que los radicales obtuvieron el mayor número de concejales, anticipando el giro político que acarrearían las elecciones generales de noviembre del mismo año⁹.

Frente a lo que identificaba como los males de la República, Campuzano defendió la posición de su partido, el Partido Republicano Radical, y de su líder, Alejandro Lerroux, como portavoz de la conciencia crítica que reivindicaba los auténticos valores republicanos. Denunció la "dictadura parlamentaria" ejercida por la coalición republicano-socialista encabezada por Azaña y la política laicista que, en su opinión, coaccionaba la conciencia religiosa de la nación, en una suerte de *clericalismo al revés*, según las propias palabras que empleó.

7 CAMPUZANO, Juan Antonio. "Los 'Cucos' de la República". *El País*, Año II, nº 4, 10 de febrero de 1933. Véase Apéndice nº 1.

8 CAMPUZANO, Juan Antonio. "Bolitas de Asafétidas". *El País*, Año II, nº 8, 10 de abril de 1933. Véase Apéndice nº 2.

9 CAMPUZANO, Juan Antonio. "La opinión pública". *El País*, Año II, nº 9, 25 de abril de 1933. Véase Apéndice nº 3.

¿Implican estas opiniones un escoramiento hacia la derecha del pensamiento político de Campuzano? No necesariamente. Es verdad que el Partido Republicano Radical había evolucionado desde su fundación a principios de siglo hacia posiciones cada vez más conservadoras. Pero la voz que eleva Campuzano en sus escritos políticos es la voz dolorida de quien siente traicionados sus ideales republicanos: los de una República social de orden, libertad, paz y trabajo, amenazada por el oportunismo y por la violencia política, que detestaba profundamente. Campuzano sentía una honda decepción que le empujó incluso a tomar distancias respecto a la política activa y al lerroxismo cuando se formó la coalición gubernamental radical-cedista que llevaría a las derechas al poder y que se mantendría hasta el triunfo del Frente Popular¹⁰. ¿Se sintió por entonces más próximo a la escisión centrista que tuvo lugar en el seno del Partido Republicano Radical con el surgimiento del Partido Radical Demócrata? No podemos saberlo con seguridad. Quizás la correspondencia entre Campuzano y Diego Martínez Barrio podría desvelarlo, en caso de que exista. Por sus elevados principios republicanos cabría suponer que así fue, pero tampoco se puede desdeñar que su decepción le llevara a añorar un régimen de orden y de paz que pusiera fin a la inestabilidad y la división política en la que el país se hallaba inmerso.

Cuando estalló la guerra civil, Campuzano se alineará con el bando nacional. En septiembre de 1936 se incorporó a las milicias de Falange Española, en el Tercio de Mora Figueroa, ascendiendo hasta el grado de teniente de artillería. Se plantea aquí un dilema fundamental sobre la trayectoria vital de Campuzano. Una posibilidad, sostenida por su familia, es que tomara esta determinación por temor a las represalias que podía comportarle su reciente pasado republicano y masónico. La otra es que lo hiciera por convicción personal. Esto último lo sostuvo públicamente quien fuera su amigo, el escritor Aquilino Duque, en la presentación que tuvo lugar en Sevilla de la antología de poesía puertorriqueña preparada por Juan Alarcón y publicada en 2012, para la que Juan Antonio Campuzano fue uno de los poetas seleccionados¹¹. Sin embargo, el miedo pudo operar comprensiblemente el efecto de buscar una seguridad personal que podía verse gravemente amenazada por los acontecimientos, e incluso cabe la posibilidad de que Campuzano recibiera alguna recomendación al respecto. No en balde, el sangriento verano de 1936 asistiría con horror al fusilamiento de numerosos vecinos que militaron en partidos republicanos y en organizaciones políticas y sindicales de izquierdas. Entre ellos, el alcalde y varios concejales republicanos de Puerto Real¹². Y no olvidemos que Campuzano fue el primer alcalde republicano de la villa en 1931.

10 Según Aquilino Duque, como fruto de las disidencias internas en el Partido Republicano Radical, Campuzano fue expulsado por el presidente provincial del partido, Julio Varela, almirante de la armada. DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, p. 69.

11 *Poesía de la luz*. Introducción y selección de Juan Alarcón. Sevilla: La Isla de Siltolá, 2012.

12 PIZARRO FERNÁNDEZ, José. *Puerto Real durante la II República. Procesos electorales, Sociedad y Política municipal. Verano de 1936: Violencia política*. Puerto Real: Ayuntamiento, 2007.

¿Pudo acaso sentirse identificado Campuzano con un régimen, el surgido del enfrentamiento civil, que lo condenó por su pertenencia a la masonería y que impuso un sistema dictatorial? Resulta difícil creerlo de un espíritu libre como el del escritor y poeta puertorriqueño. Más bien cabe la posibilidad de que se viera forzado a adaptarse a unas circunstancias adversas que ofrecían escasas opciones, como tantos y tantos españoles se vieron obligados a hacer¹³. Ello pudo determinar también que se incorporara a la División Azul para hacer la campaña de Rusia, en la que le fueron concedidas varias condecoraciones¹⁴. En Rusia, Campuzano estuvo destinado en una batería emplazada en el lago Ilmen, cerca de Nóvgorod, en el Sitio de Leningrado. Sin embargo, nada impidió que a su regreso fuera procesado por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo (TER-MC) y condenado el 24 de marzo de 1944 a doce años de reclusión. Su magnífica hoja de servicios le evitó ingresar en prisión, ya que la pena le fue conmutada por el confinamiento en su pueblo natal y la obligación de presentarse mensualmente en el puesto de la Guardia Civil, además de la accesoria de inhabilitación¹⁵. No, definitivamente no hay que pensar en

-
- 13 Cabe también una tercera posibilidad: que Campuzano, como tantos otros, viera en el golpe militar del 18 de julio la oportunidad para una rectificación, en nombre de la República, del deteriorado clima social y la deriva violenta de la situación política en España. Aquilino Duque afirma al respecto: “A Campuzano le faltó tiempo para alistarse, sobre todo porque el primer grito de los sublevados fue el de ¡Viva la República con dignidad!, que tanto le recordaba al de ¡Viva España con honra! de la revolución del 68, también llamada por cierto Glorioso Alzamiento”. DUQUE, Aquilino, *Mano en candela*, p. 71.
- 14 Según Concha Langa: a) Medalla Kriegsverdienstkreuz; b) Cruz Roja del Mérito Militar; c) Cruz de Guerra; d) Medalla de Invierno 1941-42; e) Medalla de la Campaña (Guerra de España); f) Cruz de Guerra; g) Cruz Roja del Mérito Militar; h) Medalla Militar colectiva (Tercio Mora Figueroa). LANGA NUÑO, Concha. *Periodismo y represión*, *op. cit.*
- 15 Archivo General de la Guerra Civil, Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, Exp. 1220, Sumario 118/44. En su descargo alegó los méritos acumulados en la Guerra Civil, durante la cual resultó herido menos grave en Villanueva del Duque. También alegó los méritos que contrajo a lo largo de los diecinueve meses que permaneció en la campaña de Rusia, desde septiembre de 1941, en que salió desde Melilla hacia San Sebastián, hasta su regreso. Su periplo fue el siguiente: “de Melilla para San Sebastián; de aquí para Hendaya el 23 de dicho mes y año. En Grafenwohr (Alemania) el 26 de dicha fecha. El 19 de octubre de 1941 en Novgorod (Rusia), siendo destinado a la Plana Mayor del 3er. Grupo de Artillería al mando del Comandante Díaz Ulzurrum. El 31 de dicho mes y año en Podveresa encargándose de la organización de la 13 Batería de Obuses 15,5 Schneider asignada al Primer Grupo al mando del Comandante Rodríguez Vita. Realizó los trabajos para el emplazamiento del material, construcción de polvorines y viviendas y acoplamiento e instrucción del personal destinado a la Batería; encargado del mando de la línea de piezas hizo fuego cuando el mando designó y sobre los objetivos designados. El 6 de enero de 1942 es destinado a Samocrasa (Lago Ilmen) bajo la dependencia táctica del comandante de Infantería jefe del sub-sector, y presta sus servicios en Samocrasa, Kosinevo, Babki, Undvor y Spass. El 29 de marzo de 1942 es destinado a la posición del monasterio de Iúreva, en Nóvgorod (orillas del Voljón), donde permanece desde el 11 hasta el 19 de mayo de 1942, en que marchó con sus fuerzas a Kuritsko (Lago Ilmen), prestando servicios como Batería pié a tierra en Kuritsko, Yavolók, Lipiza, Ieruvitsa y Ierunovo a las órdenes del Comandante de Infantería jefe del sub-sector. El 21 de agosto es relevado por fuerzas alemanas y marcha con la División al frente de Leningrado, donde es destinado a la Batería Hessen de Obuses 15,5 Schneider en el bosque de Sluchk, donde permanece al mando de la línea de piezas hasta el 16 de abril de 1943, en que es relevado para marchar a España”. El 5 de mayo de 1943, Campuzano llega a España con el Batallón expedicionario mandado por el Comandante Lasarte. El 14 de agosto del mismo año fue licenciado a petición propia. LANGA NUÑO, Concha. *Periodistas represaliados...*, *op. cit.*, nota a pie de página.

que Campuzano comulgara con el franquismo, más bien en que abominó de un régimen que privó a los españoles de derechos y libertad¹⁶.

Hay un antes y un después en la vida de Campuzano a partir de la guerra civil. De su brillante pero meteórica carrera pública como político y periodista pasó en la larga posguerra a una existencia discreta durante la cual trabajó como profesor y cultivó su afición por la literatura. Entre 1944 y 1948 se vio sujeto al confinamiento decretado por el TERMC, al que recurrió en este último año para solicitar su absolución, que le fue concedida. Campuzano fue profesor de idiomas. Se había iniciado en la lengua inglesa de la mano del sacerdote don José Gámez, de quien fue el primer discípulo que tuvo en Puerto Real, junto con Martín Herrera. Posteriormente, amplió sus conocimientos de inglés en la Escuela de Comercio de Cádiz, donde cursó sus estudios mercantiles¹⁷. Desde el siglo XIX, este centro había formado a numerosas generaciones de jóvenes entre los cuales el conocimiento del inglés, que se impuso ya por entonces como lengua comercial, resultaba muy necesario. Los hijos de las familias bodegueras de la zona eran incluso enviados a Inglaterra para seguir estudios, a fin de que alcanzaran un dominio más completo de la lengua y de que ampliaran su conocimiento de los circuitos y redes mercantiles en los que más tarde habría de desenvolverse su actividad profesional y empresarial. Pero, si el inglés era la lengua del comercio, el francés seguía siendo por entonces la lengua europea de la cultura. Campuzano también adquirió un fluido conocimiento del idioma francés que le resultó muy útil, por ejemplo, en el frente ruso, ya que pudo comunicarse a través de él con algunas personas cultas que lo hablaban. A ello hay que unir cierto dominio del italiano y los conocimientos de ruso que adquirió durante la campaña de la División Azul, lo que hizo de Campuzano un auténtico políglota. Según testimonio de la familia, durante su última enfermedad, Campuzano hablaba en ruso. A la vista de ello, no cabe duda de lo profundamente que aquella época llegó a marcarle.

Campuzano ejerció como profesor de inglés en el colegio de San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María, a cargo de los jesuitas, un hecho que no deja de ser paradójico, si se tiene en cuenta que, como diputado provincial durante la República, formó parte de la comisión encargada de expropiar los bienes de la Compañía de Jesús. Antes, pasó un breve período de tiempo en Sevilla como director de la residencia de estudiantes aneja a la Acade-

16 Aquilino Duque narra una anécdota, no sabemos hasta qué punto verídica, según la cual Campuzano, en una tertulia de los años sesenta, ante los poetas José Luis Tejada y José María Carrascal, proclamó lo siguiente: “¡El régimen que tenemos en España es una vergüenza y una ignominia y esto es un país sin derechos y sin libertad!”. Es lamentable que el reaccionarismo de Duque le llevara a renglón seguido a ridiculizar con una ocurrencia de brocha gorda la escena en la que tal declaración fue realizada, dejando a su amigo Campuzano en una situación comprometida y desairada que, aunque de innegable comicidad, ofende la sensibilidad del lector respetuoso. DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, p. 58.

17 CAMPUZANO, Juan Antonio. “El Padre Gámez, mi profesor de Inglés”. Conferencia pronunciada dentro de los actos organizados por el Grupo Madrigal en noviembre de 1976 en homenaje al Rvdo. Padre D. José Gámez Coto.

mia Orad, establecida en el barrio de Santa Cruz por don Urbano Orad de la Torre. Este fue un singular personaje, coetáneo de Campuzano, militar de carrera, uno de los fundadores de la UMR (Unión Militar Republicana Antifascista), militante socialista y quizá el principal responsable de frustrar el levantamiento del madrileño cuartel de la Montaña el 18 de julio de 1936 hostigándolo con piezas de artillería y abriendo con ellas las brechas por la que entraron los asaltantes. Condenado a muerte al terminar la guerra civil española, Urbano Orad logró salvar su vida, salir de prisión en 1946 y emplearse como profesor de matemáticas en la academia privada que fundó y dirigió, famosa por su éxito en la preparación de jóvenes para la reválida y el ingreso en carreras técnicas. La estancia de Campuzano en Sevilla le permitió asistir a las clases del Instituto Británico, a fin de perfeccionar sus conocimientos de inglés.

De los años de posguerra y confinamiento, que Campuzano empleó en dar largas caminatas y en nadar en el mar o en el río San Pedro, lo que constituía para él una de sus grandes aficiones, data un hecho importante en su vida. Por entonces conoció a Lola (María Dolores García Paéz), la que fue su compañera de toda la vida, aunque Campuzano, reacio al matrimonio, nunca llegó a casarse con ella. Planearon, eso sí, salir de España y contraer matrimonio en México, un proyecto algo disparatado, según el cual Lola marcharía por delante y luego iría Campuzano para reunirse con ella, y que no llegó a consumarse¹⁸. Al parecer, fue Lola quien convenció a Campuzano para que aceptara el empleo en la residencia Orad de Sevilla, donde el poeta no permaneció demasiado tiempo.

En los años cincuenta y sesenta Campuzano siguió cultivando su afición literaria, de la que nos ocuparemos con mayor detenimiento en el próximo epígrafe. Figuró entre los fundadores del Grupo Madrigal, en cuya revista escribió asiduamente. Se relacionó frecuentemente con los círculos literarios gaditanos de la época, en los que era conocido y reconocido. Se empleó durante algún tiempo como traductor en la sede de la ONU en Ginebra, ciudad en la que mantuvo dos estancias durante las que trabajó para la Conferencia del Desarme¹⁹.

En los años setenta, Campuzano viajó a Londres, capital de un país que admiraba, con su sobrino Pepín. Allí tuvo noticia del golpe de estado de Pinochet en Chile, que lamentó profundamente porque tenía en un buen concepto a Salvador Allende. La Transición Democrática debió despertar esperanzas en un Campuzano cuya vida se dirigía ya hacia su final desembocadura. Sus inclinaciones políticas en esta época parece que oscilaron entre la

18 "El plan era sumamente sencillo: Lola viajaría a Mérida del Yucatán, donde contraería matrimonio civil con un viejo conocido de Juan Antonio, que emigró hacía muchos años y se había naturalizado allá. Se trataría de una pura fórmula que le permitiría a Lola adquirir la nacionalidad mejicana. Una vez naturalizada, Lola se divorciaría y contraería matrimonio por poderes con Campuzano, quien así recibiría automáticamente el pasaporte mejicano y podría salir de España para reunirse con su esposa". DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, p. 19.

19 "Campuzano y Hoyos, Juan Antonio", en *Gran Enciclopedia de Andalucía*. Sevilla: Promociones Culturales Andaluzas, 1979, tomo 2.

UCD de Adolfo Suárez y el PSP del Tierno Galván, si hacemos caso a lo que escribió Aquilino Duque²⁰. Sus viejos ideales republicanos pudieron reverdecer en aquella época apasionante de salida de la dictadura y de construcción de un tiempo nuevo en los que España iba a homologarse con las democracias occidentales. No pudo disfrutarlo durante mucho tiempo: el 31 de agosto de 1982 este hombre singularísimo, tan puertorraleño como universal, entregaba a la eternidad su alma libre de poeta encadenado, tras ser testigo y protagonista de un pedazo crucial de la historia de nuestra tierra y de España.

LA OBRA LITERARIA DE CAMPUZANO

Juan Antonio Campuzano no fue un escritor al uso. Aun disponiendo de un innegable talento literario, su obra editada no es muy profusa. Aparece dispersa en diversas publicaciones, periódicas o no, y una parte importante permanece inédita. Podríamos clasificarla, *grosso modo*, en tres apartados: artículos políticos, obra poética y escritos literarios en prosa. Entre los primeros se cuenta la serie de editoriales que publicó en el periódico que dirigió en Puerto Real, *El País*, que comenzó a editar en 1932 como órgano del Partido Republicano Radical²¹. En ellos aparece un joven Campuzano crítico, combativo, de fuertes convicciones republicanas, seriamente comprometido con la política de su tiempo.

Publicó un solo libro de poesía, *La piedad de la espuma*, el año 1936, en la editorial gaditana Cerón, que dedicó a la memoria de su tío Rafael de Hoyos²². En esta obra, Campuzano emplea diferentes métricas y rimas. Aunque predominan los versos octosílabos, también utiliza otros versos de arte menor y mayor, como el endecasílabo, el dodecasílabo e, incluso, el verso alejandrino. En cuanto a la rima, utilizó tanto la consonante como la asonante, o el verso libre. No faltan tampoco en esta obra algunas “viñetas”, como las denomina el propio autor, en prosa poética. Todo ello nos habla de la versatilidad de Campuzano como poeta. En las composiciones en octosílabos y rima asonante se descubre el influjo del romancero y de la poesía de Lorca. Así, por ejemplo, en el poema titulado “Marzo viejo”, de innegables resabios lorquianos:

20 “En política, se entusiasmó primero con Suárez y luego con el ‘Viejo Profesor’ y, como ya se dijo, ponía ‘mano en candela’ por el general que siempre guardó bajo siete sellos los enigmas del 23 de febrero del 81”. DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, p. 177. Esta última afirmación se refiere a la visita que Campuzano recibió en su casa de Puerto Real de un general que participó en el golpe de estado del 23F, al que Duque no nombra pero que queda meridianamente claro que fue Alfonso Armada, a quien Campuzano conocía y con el que entabló amistad durante la campaña de Rusia.

21 IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José. “Puerto Real: un siglo de prensa local (1837-1932)”, en *Gades*, 13, 1985, pp. 229-240.

22 “A mi tío don Rafael de Hoyos –todo bondad e inteligencia- en cuyas manos llenas de ternura, descansaban tan a gusto mis inquietudes”.

Estaba la luna llena
sobre los campos dormidos...
Era una luz blanca y casta:
una luz de nardo y lirio.

Cómo corría la brisa
por la copa de los pinos,
cayó un murmullo de ramas
encima de los caminos.

Chirriaba una carreta.
Iban los bueyes cansinos
llevando el campo en los ojos
en miniaturas de vidrio.

Ya estaba roto el silencio:
Una carreta, un ladrido,
un murmullo de pinares
y de almendros florecidos...

Y era el mismo marzo viejo
que todos los años vino.
-Los mismos almendros blancos,
el mismo rumor de pinos-...
¡Y qué nuevo parecía,
siendo el mismo!...

Pero el poema que de alguna manera marca el conjunto de la obra, y uno de los más expresivos del aliento poético de Campuzano es, en nuestra opinión, el que la abre, llevando el mismo título que el conjunto del poemario, “La piedad de la espuma”, en el que combina los heptasílabos con los endecasílabos²³:

La barca en la ribera,
lejos del oleaje, está tendida,
mostrando las cestillas de madera
entre las grietas de su piel podrida.

Los viejos pescadores,
que se hacen a la mar, de madrugada,
sienten hondos temores

23 Este poema formó también parte de la citada antología *Poesía de la luz*, pp. 43-44. En el titulado “Barca”, incluido en el poemario *A la sombra del viejo ombú*, editado por uno de los autores del presente trabajo, se reconoce una clara influencia de estos versos de Campuzano. IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José. *A la sombra del viejo ombú*. Sanlúcar de Barrameda, 2012, p. 19. Este último poema de Juan José Iglesias figura igualmente en la antología *Poesía de la luz*, pp. 185-186.

cuando encuentran la barca abandonada;
pues gime el esqueleto de madera
al soplo de la brisa,
y parece una enorme calavera
de largos dientes y macabra risa.

El tiempo, lentamente,
la va hundiendo en la arena de la orilla.
Ya se ocultó a los ojos de la gente
el esternón podrido de la quilla.

Yo pienso que la espuma un día lejano,
cuando la vieja barca esté enterrada,
piadosamente alargará la mano
y le pondrá una cruz de agua salada.

Los ecos del paisaje de la ribera y de la bahía gaditana están presentes en este poema marino, como también lo están los aires de los puertos de la infancia y la juventud de Campuzano en la primera parte (“Elegía”) de otro titulado “La rosa partida (poema del levante)”, que dedicó a Jaime Togores y con el que se cierra *La piedad de la espuma*, cuyas primeras estrofas, llenas de imágenes y evocaciones líricas, dicen así:

Será una madrugada de vendimias
cuando el Levante sople
aventando montones de sal.

Vendrá de las viñas maduras,
de vaciar racimos por las heridas de los hollejos,
borrachón y torcido,
arrastrando las manos rojas por los árboles y las azoteas.

Será una madrugada de vendimias.
y soplará tan fuerte que apagará los faros.
En la bahía, en Cádiz, en la Isla, en los Puertos,
habrá una gran nevada
de cristales y agujas.

Se quedarán sin copas los pinares.
Irán caídas las lanchas sobre una borda coja,
quebrado el palo de la vela
en una cortesía de ángulo recto.
Y será un simulacro de muleta torera
la lona blanca sobre las cornadas del agua.
¡Qué desguace de barcos en bahía!
¡Qué pánico de humo de todos los países!

En la poesía de Campuzano está presente no sólo la influencia del cancionero, sino también la de Juan Ramón Jiménez, la de Rubén Darío, la del modernismo y las vanguardias. En ella se reconoce que estuvo atento, como lector, a las corrientes líricas de su época y que frecuentó las páginas de los poetas en boga por entonces. En esto, como en todo lo demás, Campuzano demuestra ser un hombre de su tiempo. En buena medida, su poesía navega en la estela de la generación del 27. En sus poemas se descubre un sentimiento lírico acendrado, que acierta a expresar con gran belleza en versos cristalinos cincelados por su pluma desde el fragor del alma. La poesía, como sublimación del espíritu, alcanza en él registros delicados que anunciaban un gran poeta. Si finalmente no pasó a los anales de la lírica como poeta mayor no fue por falta de talento, sino por las dificultades inherentes al momento crítico que le tocó vivir y como efecto de una personalidad más inclinada –y aun obligada– a la discreción que a librar la batalla literaria, a cultivar en mayor grado la intimidad que la emulación o el afán de éxito. Tiempos recios fueron sin duda los que le tocaron en suerte (o mala suerte) vivir a Campuzano, limitado primero por el activo compromiso político y después por una obligada reclusión en las cárceles sin barrotes de un pasado que lo condicionó y de una época triste que recortó sus alas. *La piedad de la espuma*, no lo olvidemos, se publicó el mismo año que estalló la gran tragedia española. Con sobrevivir en medio de tanto horror era bastante. La poesía, a esas alturas, era un ejercicio doloroso que amenazaba con arrasar un alma sensible como la de Campuzano.

No la abandonó, sin embargo. Pero en los años de la inmediata posguerra, cuando hizo la campaña de Rusia con la División Azul, se refugió más en la prosa. Fue por entonces cuando escribió sus *Cuadernos de Iván Ivánovich*, un diario de campaña en el que no resuenan los ecos de los cañonazos del asedio de Leningrado, sino las impresiones de su contacto con el paisaje y el paisanaje de un país que lo cautivó profundamente. Nos referimos, claro está, a los fragmentos de los *Cuadernos* que se conocen, aquellos que Campuzano publicó en los años cincuenta en la revista *Madrigal*, porque el grueso de la obra permanece inédito y no hemos podido consultarlo²⁴. Como una muestra de ella, ofrecemos en apéndice algunos de estos fragmentos, que estamos seguros suscitarán el interés de los lectores.

En estos fragmentos, Campuzano hace gala de una prosa sobria y elegante. No hace uso de una profusión de adjetivos, pero tampoco se trata de textos desnudos y fríamente objetivos, como si de una crónica neutral se tratara. Al contrario, el punto de vista personal del autor sobre los personajes y hechos que relata se encuentra implícito en el texto y nos sugiere un Campuzano hondamente transido por la realidad que observó y vivió como un extranjero en un país invadido y asolado por la guerra. Se adivina detrás de estos relatos un Campuzano implicado y radicalmente humano, por momentos delicadamente iróni-

24 TENA, Pedro de. "El triste destino de los 'Cuadernos de Iván Ivánovich'", en *Libertad Digital*, 14 de abril de 2021, en línea: <https://www.libertaddigital.com/cultura/libros/2021-04-14/pedro-de-tena-el-triste-destino-de-los-cuadernos-de-ivan-ivanovich-6744971/>. Consulta del 27 de agosto de 2023.

co²⁵, aunque las más de las veces contenidamente conmovido. Cabría preguntarse si con los *Cuadernos* Campuzano trató de llevar a cabo un mero ejercicio periodístico, propio más de un corresponsal de guerra atento a la descarnada realidad humana de la retaguardia que a los avatares bélicos del frente ruso. Pero no creemos que sea así. Los *Cuadernos de Iván Ivánovich*, dicho está, no son una simple crónica: constituyen la expresión de un alma literaria limpia y trascendente que plantea, sin nombrarlas abiertamente, cuestiones universales que apelan directamente a la conciencia del lector. En nuestra opinión, se trata de un texto inteligente y sutil, de gran calidad literaria, cuyo objetivo último es denunciar el horror de la guerra. No sabemos con seguridad las razones que existen para que los *Cuadernos de Iván Ivánovich* no hayan visto en su integridad la luz en letra impresa, como merecen. Pero sí mantenemos la certeza de que deberían ser publicados y la esperanza en que, en efecto, algún día no muy lejano así sea.

Entre los fragmentos incluidos en los apéndices, la evocación de los funerales de Raisa, fallecida en 1942 a los diecinueve años de edad tras sufrir diez de enfermedad, conmueve por la precocidad de una muerte prematura, por el dolor de una vida anticipadamente rota, como el frágil tallo quebrado de una flor temprana. La descripción de la iglesia ortodoxa de Georgi parece relegar a la joven Raisa a un papel secundario, casi un elemento más de una escena coral, pero no: es el cadáver de Raisa el que ocupa el centro de la iglesia y de la atención del autor, a él dirige delicada y compasivamente la mirada de sus lectores. Raisa yace bajo la mortaja con una rodilla ligeramente flexionada, trayendo al recuerdo de Campuzano la imagen de los iconos de la Virgen, mientras a su alrededor la familia repone las velitas que se consumen con la rapidez de una vida extinguida en su más tierna juventud²⁶.

La narración de la Navidad en casa del profesor Povalenski también deja un regusto amargo de tristeza en el lector. Sorprende la dignidad de este hombre derrotado, capaz de mantener conversaciones sobre fonética rusa, música o literatura en medio de la desolación de la más cruel de las guerras. Sus tres hijos han muerto, aun así se esfuerza por adornar humildemente su casa con un abeto navideño que ha iluminado “con las últimas velitas que le quedaban de sus años felices”²⁷. El mismo profesor Povalenski conmueve en su afán por mantener la dignidad cuando lo invitan a comer en la batería donde servía Campuzano y se

25 Así, por ejemplo, cuando el profesor Povalenski les habla a Campuzano y al capitán de su batería sobre las paradojas del régimen soviético y les refiere que el voto era obligatorio, pero que sólo se podía votar al candidato previamente designado. “Se puede tachar su nombre –y ay de quien lo haga si se descubriera pero no puede sustituirse”, les dice. “A estas palabras el capitán y yo hicimos aspavientos de meridionales escandalizados”, escribe Campuzano con más que probable ironía, proviniendo de un país en el que la democracia había sido literalmente laminada. CAMPUZANO, Juan Antonio. “Un charquito de lágrimas y una charla del profesor”. *Madrigal*, nº 15, junio de 1953. Ver apéndice nº 8.

26 CAMPUZANO, Juan Antonio. “Los funerales de Raisa”, en *Madrigal*, nº 1, abril de 1952. Véase apéndice nº 4.

27 CAMPUZANO, Juan Antonio. “El profesor Povalenski”, en *Madrigal*, nº 3, junio de 1952. Véase apéndice nº 5.

dirige hacia allá con un triste recipiente de latón en la mano para recoger su ración, vestido con sus mejores ropas y chapoteando en el barro con sus zapatos grandes y destartalados, tratando de dejar a Campuzano la mejor parte del camino en un “silencioso torneo de cortesías”. Aniquilado su orgullo por la revolución y por la guerra, se exalta en la sobremesa reivindicándose en un inútil ejercicio de autoafirmación, y así proclama: “No tengo pasaporte, no tengo dinero (...). Y esto que será una preocupación para los malvados, a mí no me preocupa. ¿Lo entiende Vd.? Yo soy el profesor Povalenski y basta”.²⁸

No, Campuzano no permanece al margen de la realidad que encuentra en Rusia. Acaso adopta una tan aparente como prudente distancia de seguridad, utilizando un lenguaje medido y contenido, pero lleno de sugerencias y significados. Según cuenta Aquilino Duque, cuando Campuzano hubo de presentarse en Madrid ante el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo, le dejó al dueño del figón donde paraba el original de sus *Cuadernos de Iván Ivánovich*. Al cabo de unos días, el hombre, que se llamaba Moisés, le espetó a Campuzano, dando un puñetazo sobre las cuartillas: “¡Esto lo ha escrito un demócrata!”²⁹. Cierta o inventada, la anécdota es reveladora de que detrás de los renglones de aquel diario latía un corazón muy humano y asomaba un espíritu crítico con las imperfecciones del mundo.

Sin embargo, no se piense que la prosa de Campuzano estuvo siempre impregnada de ese tono serio y melancólico. Por contra, el autor puertorriqueño hizo también gala a veces en sus escritos de un irónico y castizo sentido del humor, como en el caso de la historia del *Pimienta*³⁰, y se adentró con brillantez en las lindes de la literatura costumbrista, como en su célebre descripción de una tarde de toros en El Puerto³¹. Una vez más, se constata la versatilidad de un autor que se movió con facilidad en registros muy variados que hablan a las claras de sus grandes aptitudes literarias y de su innegable dominio de la lengua.

Pero, al glosar la obra de Campuzano, no podemos olvidar, por último, su faceta como traductor. Aquilino Duque le oyó leer la traducción que hizo de la obra teatral de Jean-Paul Sartre *La putain respectueuse* (“La puta respetuosa”), título que, según el autor de *Los consulados del Más Allá* y *El mono azul*, Campuzano traducía jocosamente como *Una fulana de respeto*. En la revista *Madrigal* quedó también un testimonio de esta vertiente de Campuzano: en 1953 publicó una versión española de un pasaje de la obra de Peter Quennell *Byron in Italy*, muestra de su buen conocimiento de la lengua inglesa y de su sensibilidad literaria³².

28 CAMPUZANO, Juan Antonio. “Un charquito de lágrimas y una charla del profesor”, en *Madrigal*, nº 15, junio de 1953. Véase apéndice nº 8.

29 DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, p. 15.

30 Véase apéndice nº 10.

31 CAMPUZANO, Juan Antonio. “Una calle del Puerto en día de toros”, en *Madrigal*, nº 47, pp. 10-11. Véase apéndice nº 11.

32 “Byron y la Fornarina” (versión del inglés por Juan Antonio Campuzano), en *Madrigal*, nº 16, julio de 1953.

A lo largo de este artículo se ha podido comprobar que la revista *Madrigal* constituyó un cauce frecuente para la publicación de obras, tanto en verso como en prosa, de Juan Antonio Campuzano. Esta revista era editada por el Grupo Madrigal de Letras y Artes, entre cuyos fundadores figuró Campuzano³³. La celebración durante el verano de 1951 de unas Justas Literarias o Juegos Florales en Puerto Real fue el germen del nacimiento de este grupo. Los fundadores fueron Paula Contreras, María Dolores Alegre, José Gámez Coto (prbo.), Eduardo Gener Cuadrado, Antonio Muro Orejón y Juan Antonio Campuzano. A la reunión inaugural asistieron también los corresponsales de los diarios *Ayer*, de Jerez de la Frontera, y de los gaditanos *Diario de Cádiz* y *La Información*. Resultaron elegidos como directivos de Madrigal: Paula Contreras, presidenta; don José Gámez Coto, vicepresidente; Juan Antonio Campuzano, secretario, y Eduardo Gener, tesorero. Como razón para la fundación del Grupo se aludió a “la necesidad de un grupo literario y artístico en donde se condensen los afanes espirituales de los vecinos de Puerto Real, demostrados en los numerosos trabajos presentados por hijos de este pueblo en las Justas Literarias celebradas en honor de los Reyes Católicos el 24 de Agosto de 1951”. Como fundamento del grupo se estableció la obligación de sus componentes de concurrir con su inspiración a todo concurso que sobre tema, pie forzado o motivo determinado se estableciera dentro de él, así como la finalidad de patrocinar toda iniciativa artística o literaria que pudiera contribuir a enaltecer y aumentar la cultura de Puerto Real³⁴. La rebotica del farmacéutico Fermín Sánchez de Medina, marido de Paula Contreras, fue el lugar frecuente de las reuniones de Madrigal³⁵.

La pertenencia a Madrigal le ofreció a Campuzano la oportunidad de incrementar sus relaciones con los círculos poéticos y literarios de Cádiz y otros lugares de Andalucía. Pronto, la nómina de integrantes y colaboradores del grupo y de su boletín mensual se incrementó, hasta componer una extensa relación. A veces, las reuniones servían para llevar a cabo divertimentos poéticos, como la “amalgama” escrita coralmente el 3 de agosto (¿de 1952?), en la que, en una suerte de composición de pie forzado, los participantes fueron encadenando por turno sus versos. El primero (“El desamor ha proclamado el rito”) correspondió a Campuzano y, a excepción de algunos otros (“En el centro del alma solitaria”, “suenan inconstante el caracol del viento”), sobresale por su mayor calidad y vocación de seriedad. No falta tampoco alguno que, en ausencia de inspiración, deriva por el camino fácil del exabrupto humorístico:³⁶

33 El boletín o revista de Madrigal se imprimía en la puertorrealeña imprenta San José, de Ramón Ortega Pejito, sita en la calle Real (por entonces General Franco), y se vendía al precio de dos pesetas el ejemplar.

34 *Madrigal*, nº 1, abril de 1952.

35 Para todo lo referente a Madrigal, véase SÁNCHEZ DE MEDINA CONTRERAS, M.ª Rosa y SÁNCHEZ DE MEDINA PACHECO, Marta. “El Grupo Madrigal a través del testimonio de Paula Contreras”, en *Matagorda*, nº 1, 2015, pp. 197-209.

36 *Madrigal*, nº 4, julio de 1952. Creemos que, aunque la reunión se produjo el 3 de agosto, la “amalgama” se publicó en el número correspondiente a julio, que saldría con retraso. No podemos identificar a todos los participantes, pero sí a parte importante de ellos, además de Juan Antonio Campuzano: Ángel Carlier Veá-Murguía, María Dolores Alegre, el padre José Gámez Coto, Juan José Blanco, José María Carrascal,

AMALGAMA

Campuzano: El desamor ha proclamado el rito
Carlier: en la noche sin luz,
M. Alegre: se ha perdido la sombra y es un grito
P. Gámez: envuelto en un capuz.
J. J. Blanco: El tañir de una rígida campana
J. L. Lobo: resuena en las alturas
Adolfo: anunciando el nacer de la mañana
F. Blanco: y de luces más puras.
Carrascal: En el centro del alma solitaria
J. Cervera: brota un amor sublime
Purita: que es mayor que la misma iluminaria.
Martorell: En tu alma grande y ardorosa
Jiménez: suena inconstante el caracol del viento
Tomás: -...¡¡Ojú!! anda la osa...-
Gener: Y al fin y al cabo todo ha sido un cuento
A. Muro: la campana, la sombra, el grito... la osa.
Paula: Fin.

La facilidad poética de Campuzano puede también observarse en este soneto en versos octosílabos producto del ejercicio literario con el pie forzado que, bajo el título "Rosas de una misma rama", se propuso a los poetas del Grupo Madrigal³⁷:

ROSAS DE UNA MISMA RAMA

Porque se le alfombre calle
al cortejo de la aurora,
la llovizna crujidora
blandió su hisopo en el valle.
Cada flecha de alba halle
esa perla vibradora
que al par compendia y decora
hoja, arena, brizna y talle.
Y, mago ramaje alado
que enlaza el rosa mojado,
con prismas de agua y de llama,

Concepción Anglada, Antonia Martorell, Eduardo Gener Cuadrado, Antonio Muro Orejón y Paula Contre-ras. Jiménez pudiera ser Ignacio Jiménez Pérez-Aranda (o Juan Jiménez) y Tomás, Tomás Martín-Barbadillo, vizconde de la Casa González, Gran Cruz del Mérito Aeronáutico, caballero de la Orden del Cedro del Líbano y de la del Sha de Persia, durante muchos años jefe de protocolo del Ayuntamiento de Sevilla, quien veraneaba en Puerto Real, en la fonda de Irene, calle de la Palma, vecina a la casa de los Campuzano. CÓMEZ RAMOS, Rafael. "Puerto Real en el recuerdo", en *Matagorda*, nº 5, 2023, pp. 389-408, 392.

las telarañas radiantes
hagan las rosas distantes
rosas de una misma rama.

Campuzano mantuvo relaciones con los grupos literarios Platero, Alcaraván y Aljibe³⁸, y vínculos de amistad con escritores de la generación de los 50 como Luis Berenguer, José Luis Tejada, Fernando Quiñones o Aquilino Duque. En casa de este último, en el Aljarafe sevillano, Campuzano y Lola compartieron momentos con Gerardo Diego³⁹. Una larga nómina de escritores forman parte también de las relaciones literarias que, personalmente o a través de Madrigal, mantuvo Campuzano: José María Pemán, Leopoldo de Luis, Pilar Paz Pasamar, Antonio y Carlos Murciano, Antonio Luis Baena, Julio Mariscal, Joaquín Romero Murube, Rafael Laffon, Manuel Barbadillo, José y Jesús de las Cuevas..., por citar sólo a los más conocidos. En esta constelación literaria se movió Campuzano como un personaje singular, pasando quizá con mayor discreción de la que su talento literario hubiera merecido.

No le faltaron, sin embargo, reconocimientos: “En una moderada reconciliación con su provincia por los puentes de la literatura –se lee en la *Gran Enciclopedia de Andalucía*–, cayeron sobre él Flores Naturales, pergaminos académicos y otras distinciones de Fiestas de Vendimia, Hispanidad y conmemoraciones y homenajes, en los que siempre brilló por su facunda oratoria o por su rica rima y ágil ritmo”⁴⁰. En este tipo de celebraciones tomó parte como mantenedor o poeta galardonado. Participó como vocal en la comisión organizadora de las Justas Literarias puertorrealeñas de 1951. El acto tuvo lugar en el Teatro Principal el 14 de agosto. Campuzano acompañó del brazo a Consuelo Ramos Cervera, componente del cortejo de la reina de los juegos, Carmen Gallardo Derqui. Una espléndida ocasión para escenificar su aceptación por parte de la buena sociedad puertorrealeña afecta al régimen, tras los azarosos años de la guerra civil y la posguerra y su condena por el TERMC. Sin embargo, Campuzano no figuró en la comisión organizadora de los Juegos Florales de 1969, celebrados estos con ocasión del quinto centenario del matrimonio de los Reyes Católicos y encabezada aquella por Eduardo Gener Cuadrado, a la sazón presidente del Grupo Madrigal⁴¹.

38 “El Grupo Madrigal a través del testimonio...”, art. cit., p. 200. Sobre el grupo Platero, véase PAZ PASAMAR, Pilar. “José Luis Tejada y el grupo generacional Platero”, en Pérez-Bustamante, Ana Sofía (coord.), *José Luis Tejada (1927-1988): un poeta andaluz de la generación del medio siglo*. El Puerto de Santa María: Ayuntamiento, 2000, pp. 11-18.

39 DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, pp. 230-231.

40 *Gran Enciclopedia de Andalucía*, op. cit., tomo 2.

41 BASADRE BRAVO, Bárbara. “Los juegos florales en Puerto Real”, en *Matagorda*, 2, 2020, pp. 219-238.

LA PERSONALIDAD DE CAMPUZANO

A la hora de hablar de la personalidad de Juan Antonio Campuzano, debemos comenzar destacando que era un hombre de extraordinaria sensibilidad y cultura. Basta evocar la lectura de su artículo “El icono” para percibir la hondura de su pensamiento y de su formación⁴². No menos puede decirse del registro culto que exhibe en algunas de sus composiciones poéticas, como los versos que dedicó al caballo jerezano⁴³. Aquilino Duque le hace un flaco favor, a pesar de su confesada admiración hacia Campuzano, al convertirlo en un personaje literario, ya que lo que queda de él, para cualquiera que no profundice mínimamente en su personalidad y su obra, es la imagen de un hombre extravagante y hasta por momentos histriónico, desprovisto de toda aura heroica. Estamos seguros de que no fue esa su intención, pero hasta tal punto puso en riesgo el escritor sevillano la figura del que fuera su amigo y, hasta cierto punto, maestro. Aquilino Duque explotó a conciencia el personaje de Campuzano, pero se vio obligado a recordar a sus lectores la “historicidad” de este, a sabiendas de que sus no siempre afortunadas hipérboles podían muy bien hacer dudar sobre ella⁴⁴. No sabemos si a Campuzano le hubiera divertido el tono superficial de Aquilino Duque al referirse a su persona. Puede que sí. A nosotros, desde luego, no nos hace maldita la gracia.

Si en su pensamiento político fueron muy influyentes las obras de Joaquín Costa, los fundamentos de la cultura literaria de Campuzano, según se deduce de su propia obra y de diversos testimonios de familiares y personas que lo trataron, se sitúan en la lectura de las obras de Galdós, Valle-Inclán, Baroja, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, los Machado, Lorca, Alberti o Jorge Guillén, entre otros muchos autores. Tenía la costumbre de anotar al margen los libros que leía, lo que sugiere que mantenía con los textos un intenso diálogo intelectual. Fue también persona amante de las tertulias, más de las que tenían lugar en el ambiente informal de reboticas o tabernas que de las desarrolladas en la solemnidad de academias y ateneos. A la formación de su conciencia política debieron contribuir los círculos que frecuentaba su tío Rafael, así como las conversaciones de los antiguos soldados de la guerra de Cuba que paraban en los establecimientos de vinos y licores La Central y el Paraíso, dependientes de la empresa familiar, Hoyos y Campuzano. La *Gran Enciclopedia de Andalucía* alude a que, en poesía, su gusto se formó en las tertulias de aires modernistas que celebraban en las primeras décadas del siglo XX los cónsules hispanoa-

42 CAMPUZANO, Juan Antonio. “El icono”, en *Madrigal*, nº 7 y 8, octubre-noviembre de 1952. Véase apéndice nº 12.

43 “Versos a un caballo que vive entre la Cartuja de Jerez y la marisma de Puerto Real”, *Madrigal*, nº 44.

44 Al respecto, Duque confiesa: “No sé si la “historicidad”, como diría Alejo Carpentier, de Campuzano ha quedado hasta aquí cumplidamente probada. Sepa el que leyere este texto que el extinto Luis Berenguer, que amén de marino de guerra y cazador furtivo, era un novelista impulsivo y compulsivo, al caer el día, se llegaba muchas veces a Puerto Real a leerles a Campuzano y a Lola capítulos de la novela que estuviera escribiendo en ese momento”. DUQUE, Aquilino. *Mano en candela*, p. 189. Como se ve, el autor no dejaba títere con cabeza.

americanos acreditados en Cádiz. Afirma igualmente que Campuzano frecuentó también en Cádiz una supuesta tertulia que presidía Fernando Gómez del Valle, funcionario de la Compañía Trasatlántica y representante de la doctrina filosófica místico-estética, de la que no hemos encontrado ningún antecedente. Según la misma fuente, esta tertulia recibiría la visita de León Trotski, de paso en Cádiz hacia Veracruz en los años de la dictadura de Primo de Rivera, lo que no se corresponde con el periplo vital del revolucionario ruso, quien no se exilió en México hasta los años treinta, aunque sí estuvo unos meses en España en 1916 (es decir, antes de la dictadura), tras ser deportado de Francia, y tomó un barco en Barcelona para Nueva York. A todo lo dicho hay que sumar, en los años del franquismo, las tertulias del grupo Madrigal, las celebradas en El Puerto de Santa María en casa de José Luis Tejada y las frecuentes visitas y encuentros con otros escritores que acudían a la casa de Lola, en la calle Real.

Campuzano fue un personaje polifacético. Ya hemos destacado sus vertientes como político, periodista, escritor y traductor. Fue también un magnífico conversador e hizo gala de dotes excepcionales como orador culto y elocuente. Sin embargo, era también un hombre introvertido, pudoroso, tímido y sensible, que se definió a sí mismo en alguna ocasión como un solitario. Debió de tratarse más de un sentimiento de soledad interior, porque no le costaba estar rodeado de gente, empezando por una familia muy numerosa que le profesó gran afecto. Pero, como todo poeta, se refugió en los límites de una frontera intimista, en los jardines recónditos de un alma evadida hacia territorios de los que sólo él conocía los arcanos. Dotado de una gran capacidad para la observación y la descripción de la realidad, no puede negarse tampoco que fuera un idealista. Soñaba con una sociedad mejor e hizo gala de un espíritu universalista, abierto y tolerante. Como parte de ese proyecto de mejora social, mantuvo convicciones pacifistas. Él, que trató a veteranos de la guerra de Cuba, que vivió en los años de la guerra de África y que participó personalmente en la guerra civil y en la Segunda Guerra Mundial, sabía de los horrores y de la iniquidad de la guerra y acabó prestando sus servicios en Ginebra a la causa de la paz.

Todas esas dimensiones de la personalidad de Campuzano no impidieron que hiciera gala de un fino sentido del humor y de que manejara magistralmente la ironía, que es un atributo de la inteligencia. Además de la lectura y la escritura, gozó de aficiones como la música y los toros. La música debía llevarla impresa, como la poesía, en su sentido de la belleza, el ritmo y la armonía. En Rusia le impresionaron los cánticos de los campesinos en las iglesias ortodoxas. Gustaba también del flamenco, no tanto de la copla o de la llamada ópera flamenca, que proliferó en su época, como del auténtico cante jondo. Así lo trasluce en una conversación con el profesor Povalenski sobre la seguiuriya, en la que este define dicho cante como un lamento y le confiesa que la prefiere a las coplas andaluzas entonadas por los soldados. Predilección que Campuzano sentencia con un expresivo y lacónico: “Claro”. También dedicó algún escrito al cante por alegrías, a las que definió como lo mejor de su

tierra. "Las Alegrías son Jotas, Jotas aragonesas con un son de Soleares –escribió-. Las Alegrías surgen jocundamente de cosas solemnes y tremendas: Porque la Jota es un grito de guerra, un kikirikí victorioso y agresivo; y la Soleá es un grito de angustia, un trino doloroso y místico. Y las alegrías son la *conversión-al-júbilo* de la Jota y la Soleá. Como del viento áspero y el sol del verano nace la sal jocunda y blanca"⁴⁵. Lola tocaba el piano y daba clases de canto en su casa puertorraleña. La música debió formar parte de aquellas veladas inefables y Campuzano la disfrutaría de seguro, a pesar de la pérdida auditiva que le aquejaba en uno de sus oídos.

También era Campuzano aficionado a los toros. Sobre si le hubiera gustado o no ser torero hay opiniones. A quién no en su época, y aún hoy a muchos. Lo cierto es que narró admirablemente el ambiente de las tardes de toros en El Puerto de Santa María y que asistió a algunas corridas⁴⁶. Aunque partidario confeso de Joselito "El Gallo", torero de grandes facultades a quien describió como apolíneo y lleno de gracia, admiró también al gran rival de este, Juan Belmonte, por su capacidad de dominar toda clase de toros a pesar de sus escasas dotes físicas. No olvidemos que, aunque grandes amigos entre sí (Belmonte, tremendamente apesadumbrado por la cogida fatal de su compañero, entendió que la muerte heroica de Joselito en la plaza de Talavera de la Reina había constituido su victoria definitiva sobre él), Joselito pasó a la historia como el torero que quiso democratizar la tauromaquia y hacerla accesible al pueblo, y Belmonte como el preferido de la Sevilla aristocrática y maestrante. Quizás esta dimensión, aunque tiene mucho de tópica y estereotipada, también atrajo las simpatías de Campuzano hacia el más joven de la dinastía de los Gallos.

A la hora de hablar de la personalidad de Campuzano, hay otra cuestión sobre la que quisiéramos detenernos un instante. Quienes le conocieron bien lo definen como republicano, liberal, masón y ateo. ¿Lo fue realmente? Republicano y liberal, no cabe duda. De que fue masón, tampoco, aunque no parece que por mucho tiempo. De su ateísmo nos permitimos dudar, al menos en parte. El binomio masón-ateo tiene mucho más de cliché erróneo y de prejuicio que de realidad. La masonería no reniega de la religión, antes bien varias obediencias exigen a sus afiliados algún tipo de creencia, aunque la mayoría de los masones se inclinaron por una religión racional y no revelada. Pero en algunos de los escritos de Campuzano encontramos un gran sentido de la trascendencia y hasta una gran simpatía por la religiosidad popular. Le gustaba asistir a las funciones de la iglesia rusa ortodoxa, cuya liturgia le impresionaba. Se sintió en sintonía con los sentimientos religiosos de un pueblo ruso sufrido y castigado por guerras y revoluciones. Se admiraba y conmovía ante los iconos. Y en su poesía no faltan tiernas expresiones de devoción popular, como en estos villancicos que incluyó en *La piedad de la espuma*:

45 *Madrigal*, nº 2, mayo de 1952.

46 Véase apéndice nº 11.

NOCHEBUENA

La Nochebuena ha traído
al campo su serenata.

Con un lucero molido
hizo una flauta de plata.

Unas sandalias de flores
trajo la Virgen María...

Alegría,
que hoy no duerman los pastores
hasta que despunte el día.

Ya está el santo carpintero
también cantando en el coro,
y al Niño le acosa el lloro
porque no alcanza un lucero.
Salero...

Baila un pastor el bolero
junto a las llamas de oro.

La luna brinda el pandero.

Pastores cantan, pastores...
Bailan las mozas. La hoguera
parece un ramo de flores
en medio de la pradera.

Devuelven los montes pardos
un eco de pandereta,
y palidecen los nardos
del amanecer violeta.

¡Alegría!

Encima de los pinares
ya está la gloria del día:
la corona de azahares
que trae la Virgen María.

Hombre polifacético, libérrimo en su fuero interno, de cautivadora personalidad y honda cultura, Campuzano merece los honores del recuerdo y el tributo de la admiración de su pueblo. El Ayuntamiento de Puerto Real lo distinguió con el nombramiento de hijo predilecto y dio su nombre a una calle que transita frontera al viejo Almendral, donde la flor de los almendros pintaba de poesía el paisaje anunciando el fin de cada invierno. Que la incuria del tiempo no difumine en la memoria el nombre y la obra de Juan Antonio Campuzano. En una premonición de la muerte, escribió:

Y LLEGARÁ ESE DÍA...

Y llegará ese día
suavemente a mi cama,
como todos los días.

Irá la claridad entrando poco a poco,
como una luz de nieve.
Y será más intensa la sombra de mis ojos.

Herméticos, mis párpados
habrán cerrado el paso de mis horas...
Entre mis dedos pálidos
alguien habrá prendido un crucifijo
o las cuentas de hueso del rosario.
Y mis mejillas, ya de marfil viejo,
enfriarán el beso de algunos labios.

Lentas, duras, las horas
irán pasando
-sin llegar a mis nervios- por encima
de mi sudario.

Me arrancarán de casa unos amigos.
-¿Quiénes serán?-. Por un camino largo,
en una dirección fatal y única,
me harán cruzar las calles y los campos.

Y al regresar sin mí, tendrá mi cuarto
los balcones abiertos:
abiertos sobre el barrio,
que ya no será el barrio del poeta...

Por un cauce imprevisto
de sangre oscura, me he de volver pájaro.
Tendré amapolas en el pecho
y habrán huido de mí todos mis cansancios.

Por esos balcones abiertos de su cuarto aletea aún el espíritu libre de Juan Antonio Campuzano, poeta de Puerto Real, ilustre entre los ilustres, el hombre que con esperanza quiso sembrar trigo de pan y de cultura para su pueblo, que ya vuela como un pájaro, alto, alegre, lejos de afanes y mundanos cansancios.

APÉNDICES: LA PROSA DE JUAN ANTONIO CAMPUZANO HOYOS

1. Los “Cucos” de la República (*El País*, Año II, nº 4. Puerto Real, 10 de febrero de 1933).

Cuando se planteó en el Parlamento la interpelación sobre los sucesos de Casas Viejas, muchos hombres creímos en una crisis inmediata. Abonaban esta creencia, no solo la gravedad excepcional de las acusaciones que habían de lanzar sobre el Gobierno, que debe prejuizarse latente en el corazón de todo gobernante republicano. En suma: esperábamos de buena fé un sincero y leal “yo pequé” por parte de los hombres del Gobierno; un explícito reconocimiento de la bien probada dureza represiva. En un régimen republicano el concepto fraternidad debe ser algo más que un simple concepto. La resolución que nos llevó hace muchos años al campo republicano estaba movida por una noble esperanza de política serena y justiciera, democrática y humana, con la Ley en una mano y el pan en las dos. Esta política, que los verdaderos republicanos esperamos todavía, habría de ser la contrafigura de aquella política de oligarquía y caciquismo que un republicano puro –Joaquín Costa– señalaba como causa de los desastres coloniales, de la crisis de nuestra industria y del empobrecimiento del país. Las obras de Costa, leídas y meditadas en la soledad y en el silencio, me hicieron republicano.

Pero, contra nuestra confianza en una pre-admitida hidalguía de los hombres del Gobierno, no se produce la crisis. Y no se produce porque en el ánimo del Gobierno pesa más el número de votos de la Cámara que el sentimiento de su responsabilidad moral ante la conciencia pública de España. “No se ha gobernado en republicano”, ha dicho en ocasiones Alejandro Lerroux. Es verdad. Porque los diputados de la mayoría llevan al cuello, como una cadena, un férreo sentimiento de la disciplina de partido. En la última interpelación se ha opuesto la muerte de un guardia de Asalto al acribillamiento de ocho hombres junto a las tapias de una casa. Se ha pretendido justificar la presencia de un cadáver esposado, alegándose que era un emisario refugiado entre los campesinos. Mienten cínicamente, defendiendo las decisiones del Gobierno, con deplorable sumisión de “camisas negras”. Entre los muchos dolorosos desengaños llovidos sobre nuestros hombros, no es menor el que produce esa mayoría que se sienta en el Parlamento con la espalda vuelta a los generosos postulados que propagaron. No eran republicanos. Son los cucos de la República, previstos en la adivinación profética de Costa cuando, en 1903, escribía éste Maestro de republicanos: “Si por cualquier acaso fortuito la República triunfase, no la dirigirán sus apóstoles y sus mártires, los que padecieron por ella treinta años: se repetirá el *sic vos nos vobis* del poeta latino; a poco de instaurada, caerá en manos de media docena de “cucos”, de esos que nadan toda la vida entre dos aguas para irse fumando el tabaco de la monarquía mientras dure, y ponerse en actitud de fumarse luego el de la República”.

La exactitud de esta frase es la estereotipia del presente momento republicano. Mi República es más alta: más republicana.

2. Bolitas de Asafétidas (*El País*, Año II, nº 8. Puerto Real, 10 de abril de 1933).

Una voz honrada, una noble intención, un pensamiento elevado, lanzó Alejandro Lerroux en la Cámara de los Diputados durante la sesión del viernes último. Si, como ha recordado Santiago Alba, Canalejas hacía una maroma de una tela de araña para captar nobles disposiciones de las minorías, Azaña, por el contrario, hace telas de arañas de las maromas. Estaría España vigorosa y pujante, abierta en chorros de vida sus fuentes de riqueza, bien orientadas sus actividades políticas, bien dirigida por gobernantes talentados y patriotas, y sería punible el desprecio gubernamental a las insinuaciones de las minorías. Y en estos momentos de crisis social, es algo más que punible ese rencoroso desprecio del Gobierno a las nobles sugerencias de los republicanos de oposición: es un delito de fratricidio, colofón del reiterado ensañamiento con que la mayoría de la Cámara ejerce la dictadura parlamentaria.

No es la actitud de los gubernamentales un golpe franco a las oposiciones.

Es un golpe bajo dado al país. La voz de Lerroux ha sido la voz de España.

El estado republicano, por una triste paradoja no tiene leyes republicanas en cuyo seno se sientan garantidos los derechos de los españoles. El estado laico, coacciona, no obstante –por un *clericalismo* al revés- la conciencia religiosa de la nación. El Estado liberal y democrático de una República de trabajadores no garantiza el trabajo ni remedia la crisis. El Estado se ahoga bajo un cúmulo de leyes escritas que no se imponen con sabiduría, eficacia e imparcialidad. Asistimos, a los dos años de República, al mismo fenómeno desolador que se daba en el régimen monárquico: al divorcio del Estado y la Nación. El Estado, empavesado como una nave en fiestas, dá las espaldas a la Nación hambrienta de paz y de justicia.

Si la voz de Lerroux llamando al patriotismo y a la concordia a los gobernantes, para salvar España y la República, no encuentra eco en la conciencia de la mayoría parlamentaria, los republicanos habremos de acudir al pueblo para que sea éste quien resuelva sus problemas, intactos hoy en las manos egoístas de sus dirigentes. El pueblo ha mostrado ya el síntoma más evidente de su malestar. Siga así. Sin revueltas, sin huelgas, sin escándalos, sin estériles sacrificios. En lugar de bombas, asafétida. Bolitas de asafétida. Enrarecer de peste el camino del Gobierno. Envuelto en esa sangrienta ironía es posible que sienta el Gabinete su muerte inevitable. Y podrá decir como Keats, el melancólico poeta de Inglaterra: “Ya siento sobre mí crecer las margaritas”.

3. La opinión pública (*El País*, Año II, nº 9. Puerto Real, 25 de abril de 1933).

La pregunta que lanzó Azaña en Bilbao ha tenido una adecuada respuesta. Preguntaba

el Jefe del Gobierno que dónde estaba la opinión pública. Y los pueblecitos más humildes de España, han respondido por boca del sufragio. Por ahora, aquí: la opinión pública está hoy en cada rincón español donde hay que celebrar elecciones. Pese a todas las estúpidas insinuaciones del ministro de Gobernación y de todos los corifeos y descuideros del corro gubernamental, la opinión pública vivía inmune y pura entre tantas impurezas e inmoralidades. La opinión pública no se recata. En cada casa y en cada esquina, en cada tranvía y en cada café, hacía una tribuna contra el Gobierno. El pasado domingo hizo tribuna de las urnas electorales. Como republicano radical me congratulo yo de que las elecciones no hayan sido generales. La República, cayéndose a pedazos del corazón de las clases neutras que la trajeron, hubiese sufrido un golpe de ariete en medio de la frente. Porque a las clases sociales que veían en el cambio de régimen la consecución de sus deseos de justicia, de equidad y de trabajo, la República les pesa. Trabajo le costará al Partido republicano Radical, llevar al convencimiento de esas clases que la República no es ésto. Y es que después de muchos años de apostolado y de sacrificios, inspirados en la conducta inmaculada de los republicanos de la pasada centuria, el pueblo tenía derecho a esperar otra cosa. Decir republicano era decirse animado de aquel espíritu patriótico y noble que inspirara grandes sugerencias a Pi, a Salmerón, a Castelar, a Ruiz Zorrilla, a nuestro Salvochea... Por eso esperábamos un cambio de frente que con tanto tesón defendiera siempre el partido republicano Radical bajo el agobio de las injusticias pasadas y los pasados atropellos. La esperanza suprema del pueblo ha tenido grandes motivos para perderse desde el 12 de abril del treinta y uno. Porque cuando esperó la consecución de una era de paz y orden social, de justicia y de reivindicaciones, de liberación y de trabajo, de austeridad y de sacrificios, se ha visto invadido y arrollado por una turba de enchufistas y logreros, de incapaces y desaprensivos, de caciques y dictadores que vuelven la espalda a sus promesas y a sus programas chasqueando las esperanzas nacionales. En el orden social y gubernativo como en el económico, ahí están los pueblos y los campos abandonados a su propia miseria, envueltos en el desorden anárquico de la subversión y el pistoleroismo. Se encarcela y se deporta con el cinismo cruel de la más despreciable tiranía. A las viejas injusticias, a las viejas impunidades, se agregan hoy la injusticia y la impunidad tremenda de abrir en sangría suelta las posibilidades económicas de España. Sin orden jurídico, sin confianza en el Poder ni freno en los espíritus, la dignidad nacional va desgarrándose en las manos de los dictadores parlamentarios. Si el partido republicano Radical no estuviera como siempre atento a salvar la República, España marcharía a la deriva sin timón y sin pilotos. Los socialistas, los azañistas, los radicales-socialistas, al destruir las bellas ilusiones que España se forjó, apartan a las clases neutras españolas del campo de la República. Es un momento peligroso. Si continúan detentando el poder los nuevos ricos del régimen, no solo se hará trizas el régimen republicano: se hará trizas España. Restablecer la autoridad, imponer el orden y la justicia social, llevar a cada pueblo y a cada casa pan de trigo y de cultura, emprender obra de apostolado social, es una obra que no puede esperarse del Gobierno...

Las elecciones del 23 han respondido a la pregunta jaque y provocativa de D. Manuel Azaña. El Gobierno no tiene opinión. No esperamos a que mañana tampoco tenga opinión la República. Hay que hacer obra republicana. Pero para ello hay que desplazar a los gubernamentales. Negarles el pan y la sal. Combatirlos sin piedad y sin vacilaciones. Empujarlos, con mano recio hacia las márgenes del camino. Ello será labor de patriotismo y de salud social. Recordando a Costa, hay que procurar encender fuego, a fuerza de estacazos, en las costillas de los gobernantes. Y cuando desprendamos de España esa pústula que la afea, cuando limpiemos la República de ese parasitismo miserable, la opinión pública podrá ser evocada sin vacilaciones ni jactancias.

4. Cuadernos de Iván Ivánovich. Los funerales de Raisa (*Madrigal*, nº 1, abril de 1952).

1942. 1 de Marzo.- Esta mañana he ido a la Iglesia de Georgi. Temprano aún vino por mí un trineo conducido por un artillero. Ana Rusakova que me acompañó, me había proporcionado dos mantas, asegurándome que ni mi abrigo ni mis botas valían para nada en este tiempo. Y tenía razón. Los remolinos habían levantado verdaderas lomas de nieve, y tuvimos que apearnos en cuatro o cinco ocasiones para ayudar al caballo a salvar los obstáculos. Ese esfuerzo nos hacía reaccionar. Me asombra que esta mujer cruce estos parajes todos los domingos.

La impresión más aguda que recibo al entrar en la iglesia me la proporciona el canto de los fieles. Maravilloso. Si cerramos los ojos, creemos estar junto a un órgano. No hay música en la liturgia de la iglesia rusa. Pero casi no se deja de cantar a lo largo del oficio. ¡Y cómo cantan estos campesinos! Una magnífica combinación de voces de un extraño y desconcertante orfeón. Es nuestra vieja Andalucía, en su rabo pre-aficano no hay orfeones. Y si los hay están necesariamente vestidos para cantar. Por eso, porque no encaja en un cerebro occidental la idea de un coro mal vestido, he gozado una sensación indefinible oyendo y viendo cantar a una muchedumbre vestida de gris, enfundada en enormes tabardos, embutida en gruesas botas de lana, con anchas tocas en la cabeza y abultadas manoplas en las manos. Viejos de ásperas barbas rubias y bocas desdentadas, muchachas encendidas por la caminata y el frío, mujeres rezadoras y reverenciosas. Están oyendo cantar desde la cuna, y han aprendido en casa y en la escuela (¿O acaso no han aprendido jamás, y cantan como se fuma, se ríe y se suspira?). Cuando termine la misa, este inconcebible coro se disolverá por las sendas de los pueblos vecinos, sobre la nieve. Acaso no se conocen ni se relacionan entre sí esos bajos poderosísimos, con los barítonos, con los agudos tenores; y esas campesinas atezadas y robustas que son tiples desconcertantes, con esas otras que son sopranos. Porque esto no es un orfeón sino puro pueblo: carpinteros, campesinos, pescadores del Ilmen, constructores de isbas... Pero un pueblo que canta como ninguno otro del mundo.

En el vestíbulo de la iglesia Ana Rusakova me sacude la nieve de las botas, con una escobilla de ramas que los rusos llaman "viénic". Dentro de la iglesia hay unas altas estufas cilíndricas: pero, acaso por falta de combustible o por la amplitud del recinto, el frío es enorme.

En el centro de la iglesia hay una muchachita muerta, en su caja, amortajada con sábana blanca. Sobre el pecho tiene una estampa de un rey santo. La caja está adornada con ramitas de pino y de abeto; y en los bordes, a ambos lados de la muerta, han fijado dos minúsculas velas de color moreno.

Como el frío que yo tenía era tremendo, me fui a una isba vecina a calentarme. Una buena mujer, viéndome tiritar desencajado, me acomodó junto a la estufa con sencilla familiaridad. Por la ventana veíase el cementerio al pie de la iglesia. Tres hombres abrían una fosa, y sobre un montón de nieve estaba la tapa del ataúd. Verdaderamente que una isba rusa es un delicioso invernadero. Es encantador sentir cómo se desentumecen los miembros mientras se ve fuera la nieve arrebatada por el viento como una aspersión de espuma. Pregunté por la muchachita muerta. Una niña de la casa, que entiende agudamente mis palabras, me responde que se llamaba Raisa, que tenía 19 años y que más de 10 estuvo enferma. “Cuando iba creciendo, iba empeorando”, me aclara.

He vuelto a la iglesia. El artillero ha llevado el trineo a un alojamiento para que el caballo no sufra con el frío. Me he acercado a la pobre Raisa, que no me ha visto jamás, que jamás sospecharía en sus tristes años de criatura enferma que en sus funerales iba a recibir la compasiva piedad de un extranjero. Le rezo silenciosamente. No está rígidamente estirada bajo la mortaja, tiene un poco doblada una pierna, de modo que la rodilla se acusa bajo la sábana, como se ve en los iconos del tránsito de la Virgen; a su lado, tristemente, se mueve la familia reponiéndole las velitas que se consumen.

5. Cuadernos de Iván Ivánovich. El profesor Povalenski (*Madrigal*, nº 3, junio de 1952).

DICIEMBRE 21.- Durante la mañana llueve un poco. Eso no suele ocurrir nunca en este tiempo. Por consiguiente, deshiela. Están limpios los troncos, las ramas, las hojas. No hace frío. Niebla densa. Parece un día del Cantábrico.

El profesor Povalenski me trae unas ramas de *vierba*, especie de sauce, con los botones iniciados como en la primavera. Y me ha dicho: “¿No le dije que hay inviernos en que el bosque florece?” Luego me expone que ha presenciado frente al control, cuando venía hacia acá, un jocundo incidente hispánico. Junto a un cartel que exige en grandes letras “Carros y caballerías al paso”, ha visto cruzar un carro cuyo caballo iba no al paso sino a todo galope.

-Y el soldado español que lo conducía –exclama Povalenski- excitaba al animal, agitando con una mano las riendas mientras con la otra pasábase por los labios una alegre flauta. ¡Un cuadro magnífico! Quisiera saber dibujar esa carrera desenfrenada frente a un cartel que prohíbe correr.

El profesor afirma que aprecia fácilmente la diferencia de acento entre el capitán, que es gallego, y yo, que soy andaluz. (Sin embargo él *no sabe* que la *e* rusa nos suena ligeramente *ie*. Ha sido muy interesante para nosotros esta experiencia filológica. Algo asombrado nos ha dicho varias palabras rudas ricas en *e*, y nos ha preguntado: "¿Acaso han oído Vds. El sonido *ie*?"

-Claro que sí –hemos respondido simultáneamente el capitán y yo.

Ha quedado un rato pensativo, hurgándose el bigote. Y ha concluido exponiendo que los oídos extranjeros aprecian valores fonéticos insospechados.

Sobre el tema, ya habitual, del cante jondo, deduce que la siguiriya es un cante más viejo que el fandango, porque en este aprecia matices de música occidental que en aquella no existen. Y hace esta asombrosa afirmación: "La siguiriya es un lamento". Cree que no le damos toda la importancia que tiene, y resume sus ideas diciendo: "Ustedes, por hábito ya, por ser españoles, no saben cuánta emoción se siente al oír ese cante".

Magnífica alma musical la de este hombre, capaz de comprender la soterrada grandeza de nuestro canto secular. Sería triste decirle que en España sólo una exigua minoría siente y ama la siguiriya, que los españoles en general prefieren un orquestal sucedáneo de nuestro cante grande, porque carecen de sensibilidad musical o de capacidad de emoción para captar su extraña armonía desmelenada y sensual. Dejémosle creer que ese arte tiene culto fuera de un puñado de espíritus cósmicos. Algunos soldados le han cantado esas deplorables historias que invaden en función de coplas andaluzas los escenarios españoles. Me ha confesado que no le gustan. Claro.

DICIEMBRE 23.- El profesor, después de comer con nosotros en la Batería, se puso repentinamente enfermo. Le acompañé a su casa. Se repuso pronto y hablamos de literatura, de poesía, de autores. Uno de sus poetas predilectos es Walt Whitman, cuyas obras posee traducidas al ruso. Y en ruso me ha leído un poema de su genial favorito. Cuando terminó, su mujer inclinóse vivamente hacia mí y me preguntó en francés: "¿Ha entendido Vd. algo?"

-Nada, señora –le he respondido. (La lengua eslava, en la musicalidad de un poema o de una canción, sólo me sugiere armonías. No puede atraparle ideas).

-Tampoco yo –ha exclamado rotundamente la mujer-. No he entendido nada.

No pude contener la risa viendo el gesto desolado con que el profesor la miró. Se enzarzaron en una prolongada discusión en francés.

-¿Es mejor Whitman que Lomonósov? –preguntaba la mujer con reiterada insistencia.

No se puede hacer esa pregunta –contestaba el profesor excitado-. ¿Es mejor Buda que Confucio? Deben discutir mucho porque la mujer no comparte el criterio literario con su marido.

DICIEMBRE 25.- Anoche el capitán y yo fuimos a visitar al matrimonio Povalenski. Un pequeño abeto lucía tristemente en la sala de la isba: le colgaban pequeños juguetes, entre agujas de cristal que simulaban carámbanos, y unas banderas ya en desuso: las de Austria-Hungría, Servia, Siam... Con tales adornos se habrán vestido en esta casa los abetos de muchas Navidades. Es posible que la tradición se interrumpiese al morir los tres hijos del profesor. Y hay que pensar que sólo por honrarnos ha sacado a luz este hombre los cándidos juguetes, algunos de los cuales están estropeados porque un metrallazo averió la caja donde se guardan. Parece mentira que se pueda vivir así. Mientras conversábamos fueron consumiéndose las diminutas velas morenas que lucían en las ramas.

Jamás he pasado unas Navidades más desabridas y tristes. Toda la noche me ha punzado la idea de que el profesor ha exhumado por nosotros, heroicamente, los juguetes de sus hijos muertos y ha iluminado el abeto de Pascuas con las últimas velitas que le quedaban de sus años felices.

6. Cuadernos de Iván Ivánovich. Médico rural (*Madrigal*, nº 10, enero de 1953).

30 de Julio.- Niusa Javátava, la mujer en cuya isba estoy viviendo, se ha puesto enferma. Tiene en el pecho un absceso monstruoso, lleno de postemas y grietas. Hoy ha venido a verla el médico ruso de Samocrasa: un viejo canoso, de escaso cabello cortado al rape, de perilla copiosa y cuadrada como la del tío Sam. Los ojos, pequeños y muy negros, apenas posan su mirada en el interlocutor y se distraen mirando con expresión mansa el paisaje que aparece recortado en las ventanas.

Cuando nos mira, le aparece en los ojos una sonrisa complaciente. La boca no se le ve, entre el acopio del bigote y la pera. Bien vestido tendría una figura castrense, que no desmerecería en un congreso científico. Pero viste con suma sencillez: un pantalón gris de telilla y una camisa rusa –una rubachka- abotonada a un lado y ceñida con cinturón sobre los pantalones; encima, una modesta chaqueta negra.

Lo ha traído de Samocrasa, en una tróica, la rubia Olga. El hombre se ha sentado en un banquillo de la cocina y se ha apoyado indolentemente en la mesa. Tiene unas manos largas y bonitas. Mientras escucha distraídamente a una mujer que ha venido a consultarle, teclea con suavidad el aire y mueve una mano al compás de alguna canción que lleva en la memoria.

Cuando despacha a la mujer, después de examinarle los ojos y la lengua y de tomarle el pulso, se enfrenta con mi patrona. Primero le pone el termómetro en la axila derecha; pero enseguida rectifica porque hasta allí llega la inflamación del pecho, y se lo pasa a la axila izquierda. Niusa tiene una temperatura de 38 grados. El médico le examina el absceso deteni-

damente y se dispone a abrirlo. Habla despacio, vocalizando con tal claridad que lo entiendo bien. De pronto pregunta a Niusa:

-¿Cómo se llama esa muchacha?

Se refiere a Olga, que está en mi cuarto cogiendo vendas y algodón:

-Olga –Suspira Niusa, medio desmayada.

Y el médico repite el nombre en tono de llamada:

-¡Ah, Olga!

Pide un recipiente para vaciar el absceso. Se lava las manos largamente, y apresta el bisturí. Me siento a la izquierda de la enferma, que me pasa por la espalda un brazo tembloroso y apoya en mi hombro la cabeza. El médico incide con seguridad en el pecho y aprieta en distintas zonas, mientras la pobre Niusa crispera su brazo hasta sofocarme. Recuerdo que una vez me extirparon un pequeño quiste en el pecho y me causó sorpresa el dolor intensísimo que sentí: tenía dura la piel, curtida por baños de sol y de mar, y el bisturí resbalaba sin incidir. Con Niusa no ha costado trabajo la operación, y el corte ha sido fácil. Después de la cura la mujer no se queja, pero queda pálida como una muerta. El médico sonrío mirándola y me dice en español:

-Poca sangre.

Luego hablamos de gentes de Samocrasa, donde yo estuve destacado el pasado invierno. De Ana Rusakova me dice, en español también, que es una “señorita vieja” porque tiene 64 años y permanece soltera en honor de un marinero novio, que murió en Leningrado cuando la revolución.

Me asomo a la ventana a verlo salir. Se acomoda en el borde del carruaje dejando colgar las piernas al exterior. Enfúndase la gorra, de golpe, a como caiga: el plato queda tendido hacia atrás, y la visera ceñida a los ojos. Arranca la tróica y a poco se pierde entre los abedules de Novolók.

7. Cuadernos de Iván Ivánovich. Un sábado de Gloria (*Madrigal*, nº 13 y 14, abril-mayo de 1953).

A las cuatro de la mañana salimos para Krasnogvardei (que nuestra gente llama, por semejanza prosódica, “Carlosgardel”). Llegamos muy temprano y me dirigí a la catedral a presenciar los solemnes oficios de la iglesia rusa. La catedral está cerrada aún, y un grupo de mujeres se remansa en las gradas junto a las puertas. Hace frío. La tardía primavera del país no ha logrado templar las mañanas, y en las amplias avenidas se yerguen desnudas las ramas de los altivos álamos blancos.

Pasa un grupo de prisioneros rusos conducidos por soldados alemanes. Oigo voces que comentan:

-Ofisier spanski (Oficial español).

Y los pobres prisioneros vuelven hacia mí la cara, con indudable afecto, con halagadora simpatía. Hay que creer que en el extranjero somos mejores que en nuestro país. En las miradas de ese triste grupo que ha pasado a mi lado, se adivinan muchos agradecimientos a la gente española. Las mujeres que aguardan junto a mí me preguntan -¡y cuántas rusas me han preguntado eso!- “¿cuándo se acabará la guerra?”.

La iglesia es abierta, al fin, por un pope embarbado y viejo, que parece el que hemos visto en todas partes. Ha venido presuroso y cansado, atravesando una amplia plazoleta de abedules, con la llave del templo en la mano. Confieso que sentí una extraña sensación –Sábado de Gloria en la catedral de Gatchina- cuando vi al pope abrir la puerta como un modesto funcionario que franquea la entrada de su oficina. Y al entrar entre las pobres mujeres, pensé que la revolución rusa había sido infinitamente más que un motín callejero. Heme aquí en una iglesia que frecuentaban los emperadores de Rusia. Es día de solemne fiesta. Y ha habido que aguardar porque el servicio religioso es escaso. ¿Qué ha pasado en este cuarto de siglo?

He visitado al pope detrás del iconostasis. Me ha dado el beso de paz, y me ha santiguado. Pero no le he entendido una palabra de lo que me ha dicho.

Entran viejecitas, jóvenes y hombres maduros y embarbados, que se santiguan profusamente y besan los iconos. Adquieren velas diminutas en la amplia mesa donde se reciben peticiones para el memento de vivos, y las colocan encendidas en los cañoncitos de los candelabros.

Una mujer me muestra las pilastras, que tienen desnuda la piedra con muestras de haber sido rebajadas y redondeadas para ganar espacio. Y me dice extendiendo su indicación a todo el recinto:

-Kino, Kino (Cine, cine). Ot rievoliúsii (Desde la revolución).

En medio de la iglesia hay un gran Crucificado, en silueta recortada, que ofrece la particularidad de tener el INRI en caracteres latinos y no rusos.

Desde que presencié la confesión de Niusa Javátava en nuestro alojamiento de Kuritzko, no he vuelto a ver confesiones hasta hoy. Allá en el Ilmen eran unas simples ceremonias de absolución colectiva, porque el pope no tenía tiempo para atender a todos los fieles de la comarca. Pero ahora veo en esta iglesia cómo son las confesiones individuales, cuál es su “técnica operatoria”.

En el presbiterio, a la izquierda, se sitúan el pope y el penitente, ambos de pie, frente a un misal y un crucifijo, de cara al iconostasis y de espaldas al pueblo. Unos metros atrás, junto a las gradas, agrúpanse, de pie también, los que aguardan su turno. Es un extraño cuadro ver "enteros" a penitente y confesor cuchicheando y asaeteados por las miradas de un centenar de hombres y mujeres impacientes.

La confesión de los niños ha sido colectiva. No ha habido tal confesión. El pope los ha reunido junto a sí, y después de hablarles les ha impuesto la estola en la cabeza y los ha bendecido. Entre los infantiles penitentes había una niña muy rubia y muy tímida, de cinco o seis años, que me miraba a hurtadillas, y enrojecía hasta las trenzas cuando me sorprendía mirándola.

Otra vez he oído aquellos himnos conmovedores que allá en el lago Ilmen casi llegaron a ser obsesión musical de mis sentidos. Ya en eso sólo, en el canto majestuoso de los fieles, está el lujo de la liturgia. Es lo único que ha quedado. El solitario pope no puede hacer más.

Fuera, el sol dora la mañana entibiándola. Pero en el aire falta el olor de las hojas nuevas y los brotes maduros. Todavía no está seca la tierra. Huele a musgo.

8. Cuadernos de Iván Ivánovich. Un charquito de lágrimas y una charla del profesor (*Madrigal*, nº 15, junio de 1953).

18 de Agosto.- Esta mañana he ido a la iglesia de Spas. Me situé cerca del iconostasis, frente a un cuadro magnífico de la Virgen de Tijvin cubierto con lámina de plata, encerrado en cristal y lobulado en marco de vides opulentas. Tijvin es una localidad del norte de Rusia, cerca del istmo de Carelia. Y la virgen de Tijvin es la del Perpetuo Socorro.

Delante de mí hay una mujer arrodillada, con la frente sobre las losas. Así permanece, inmóvil, más de media hora. El pope y un diácono de cansada elegancia y voz de tenor cantan largamente delante de una mesa pequeña en la que hay un gran cáliz junto a tres pequeñas velas encendidas. Cubre el cáliz una patena, al parecer de plata, y sobre la patena hay cinco panes pequeños. En los extremos de la mesa yérguense dos cálices diminutos y finos como dos copas hondas de champán.

No sé qué fiesta se estará celebrando, que corresponderá al 5 de Agosto por la diferencia de calendario con la iglesia rusa. Me molesta que el diácono retire bruscamente a un hombre que está junto a mí, al abrir paso al pope que ha salido a incensar. El pope se me acerca, me incienso y me saluda con una profunda inclinación. La ceremonia termina con unción de óleos en la frente de los asistentes. La mujer que rezaba a mi lado humillada en el suelo se levanta y entra en la fila para tomar también el óleo. Lleva lloroso los ojos, pero su gesto es de una impresionante serenidad. En el suelo ha dejado un charquito de lágrimas.

5 de Octubre.- El profesor ruso que vive junto a la II batería comió ayer con nosotros. La primera vez que lo visité me enseñó un pequeño óleo de la Alhambra. Su mujer lavaba la ropa en una amplia batea de madera.

-En esta casa han nacido mis hijos –Me decía el profesor- ¿Cree Vd. que nos echarán de aquí?

La pregunta me la hacía con verdadera angustia, y a lo largo de mi visita me la repitió alguna vez inesperadamente. Me confió que allí se le habían muerto tres hijos. Le quedo uno de doce años a quien la guerra le sorprendió en Leningrado. No sabe nada de él. La posibilidad de un exilio dejando aquí su casa le sobrecoge de tal modo que empalidece, se le agobia la expresión de los ojos y se pasa nerviosamente las manos por los grises cabellos que le caen en dos alas abiertas sobre la frente. La mujer, que ha dejado el trabajo y fuma un cigarrillo junto a nosotros, se acerca al marido y le acaricia la cabeza.

-Prefiero morir aquí –Exclama el profesor-. Esta casa es toda mi vida.

Yo pienso que morir aquí es bastante fácil. Todos estos alrededores están sembrados de embudos de explosiones. En el huertecillo, junto a los troncos de la isba, está el suelo removido por una explosión reciente. El profesor me lo muestra murmurando: “Voilà un cadeau”. Me enseña sus trabajos de Analítica, papeles y cuadernos de conferencias profesionales. Luego, en brusca transición, me dice:

-Le gustará a Vd. la jardinería. Su país es una gran tierra de flores.

Y de una habitación inmediata me trae un enorme tallo de dalias del que cuelgan poderosas raíces. Me asegura que es un ejemplar muy raro, cultivado por él en su huerto, que mereció un premio en una exposición. Como el capitán me ha dado el encargo de que le invite a comer, abrevio discretamente y le transmito la invitación. La mujer saca de un ropero las ropas del marido: pantalón negro, americana marrón, camisa de piqué color de hueso y un amplio sombrero peludo, aceitunado y brillante. El profesor coge un pequeño cubo de latón para tomar su comida en la cocina de una Batería española emplazada cerca de la isba; allí lo deja, con reverencias y excusas para recogerlo al regreso. Y nos marchamos al observatorio del capitán, carretera adelante, entre los esbeltos y severos pinos sobre cuyo fondo casi negro amarillean las hojas de los álamos.

El camino está bastante encharcado, y observo con tristeza que al profesor se le salen dos veces los zapatos deslucidos y enormes. Me cede respetuoso el mejor sitio, y avanza gallardamente por el centro de las charcas para que yo las orille. Opto, como es natural, por chapotear junto a él en este silencioso torneo de cortesías.

-Yo sólo trabajaba cuatro días a la semana –Me dice-. Prefiero trabajar cuatro días intensamente y dedicar el resto a leer, escribir y pasear. Por esta carretera salíamos en bicicleta mi mujer y yo. ¿Ha observado Vd. que mi mujer habla muy bien francés? ¿Vive muy lejos su capitán?

Le señalo una pequeña torre de mampostería junto a una isba, a orillas del camino. Hace unos días un proyectil de antitanque atravesó la torreta limpiamente, sin derrumbios ni bajas.

La comida fue muy animada porque el profesor no cesó de darnos noticias. Por él sabemos que en las ciudades la habitación está tasada en nueve metros cuadrados por persona. El retraso de más de media hora en acudir al trabajo se castiga con tres meses de prisión. La concurrencia a los internados juveniles en las organizaciones del partido es voluntaria; pero cuando faltan niños para cubrir algún cupo de internado, la autoridad designa coactivamente a los que han de completarlo. El voto es obligatorio: pero no puede votarse más que al candidato designado. Se puede tachar su nombre –y ay de quien lo haga si se descubre- pero no puede sustituirse. A estas palabras el capitán y yo hicimos aspavientos de meridionales escandalizados.

-Se ha atendido mucho la cultura –Me dice el profesor, contestando a una pregunta mía-. No hay analfabetos prácticamente. Pero tampoco hay educación. Ha habido un gran esfuerzo por que la gente sepa mucho. Tenemos muchos técnicos pero no tenemos personas educadas. No hay quien ceda un asiento a una mujer. La acritud y la falta de corrección y delicadeza es corriente en los hombres nuevos. Nuestros hijos no nos comprenden. Han crecido en este ambiente y les parece natural lo que ven. Antes de la revolución el gran duque Constantino tenía el parque a disposición de las gentes. Las barcas del lago eran utilizadas gratuitamente por quien deseaba utilizarlas. Cuando se implantó el soviét fijáronse precios para embarcar y numerosas formalidades que representan una humillación para las personas decentes. ¿Cree Vd. correcto que nos hagan extender un recibo antes de embarcar? ¿Es que no basta decir “Yo soy el profesor Povalenski, lo oye Vd. el profesor Povalenski?”

Y al decir esto el profesor se pone de pie y se dirige airado y febril a un botero imaginario, que suponemos erguido en el embarcadero exigiéndole la garantía escrita.

-No tengo pasaporte, no tengo dinero –Exclama-. Y esto que será una preocupación para los malvados, a mí no me preocupa. ¿Lo entiende Vd.? Yo soy el profesor Povalenski y basta.

Y la melena tiembla, se le exalta y se le abre como una ala sobre la frente.

9. Cuadernos de Iván Ivánovich (*Madrigal*, nº 37, abril de 1955).

11 DE MARZO.- Los artilleros que han venido conmigo a Undvor, diez hombres, se alojan cómodamente. Yo vivo en la isba del estárosta, en una amplia habitación con dos ventanas al mediodía y dos a levante. La proa de la casa parece que se va a lanzar al lago Ilmen, blanco de nieve, plenamente helado. Algunos soldados esquían entre un floripón de niños rusos. Y a lo lejos se mueven los trineos de los que van a pescar: Porque en el Ilmen se pesca también en este tiempo, abriendo grietas en el hielo y metiendo por ellas las artes.

Hay en mi cuarto –que es la habitación de honor, presidida por los iconos religiosos– macetas de figus y de geráneos; hay también un tiesto con un pequeño rosal al que la temperatura de la casa ha permitido parir dos menudos botoncillos prematuros e impacientes. Los tallos del figus se agudizan en su ápice. Pero mirando el exterior no se advierte nada que anuncie la primavera. La gente del país dice que hay menos nieve, y será verdad, por mi parte, lo veo todo como en Enero.

Hoy es un día muy claro. Se ve a lo lejos frente a Nóvgorod, un trozo de costa enemiga. El patrón de la casa es un ruso genuino, de los que se ven en descripciones novelísticas. Tiene una enorme barba gris. Habría que vérsela escarchada en un día de frío agudo, o volándole de hombro a hombro bajo una ventisca. Recuerdo haber visto una barba así, con el frío cuajado en los pelos, a un prisionero que pasaron por el puentecillo de Podveresa; aquel hombre no era soldado y no sé por qué lo llevaban detenido; llevaba congeladas las lágrimas en las mejillas, como goterones de cera.

El patrón, que no habla ni una palabra de español, lleva el cabello a la manera rusa antigua: largo hasta cubrirle el cuello y las orejas: Salvo algunos viejos, ya no suele verse gente así. Y hasta sospecho que en el caso de mi patrón ello se debe más a indolencia que a prurito de elegancia o de amor a la tradición. Ojos muy claros, hundidos en el camino del cráneo, después de trasponer dos pómulos amplios y abullonados como los membrillos por Octubre; en medio, dos diminutas pupilas negrísimas, como dos gotitas de tinta. Se parece a Rasputin. Viven con él su mujer y su cuñada. Aquella, de más edad que el marido, está muy gruesa, casi apaisada, detonante. La cuñada es corta de vista hasta un metro de la ceguera, soltera y madura.

El matrimonio no tiene hijos y suele traer a casa a un sobrino de la mujer que vive en Kosínevo: un estudiante de cuatro años de edad, llamado Emilio. Hoy lo ha traído la madre, que es una mujer muy guapa, un poco pensativa y melancólica, cuyo marido fue movilizado cuando surgió la guerra, dejándola en estado de meses mayores. Me explican que el crío nació y murió a poco de nacer. Por los detalles que me dan de su enfermedad, sospecho si moriría de tifus.

En la amplia cocina de la isba celebramos tertulia y bebemos té. Hay una ventana de cristales dobles, y por ella de una sola mirada abarcamos las Escuelas, la aldea de Spas, un trozo de Samocrasa y la extensión nevada del lago Ilmen. La madre del pequeño Emilio, apartada de nosotros, ausente y callada en un rincón, se mira los senos por el escote de la blusa.

10. La historia de *Pimienta* (Conferencia “El Padre Gámez, mi profesor de inglés”, fragmento. Impartida en el Tele-Club de Puerto Real en noviembre de 1976).

Manuel Hermosilla, el torero de Sanlúcar de Barrameda, llevaba de puntillero en su cuadrilla a su compadre Enrique el Mellizo, el famoso cantaor gaditano. Debió de ser grande la amistad que se tuvieron los dos compadres, ya que en los carteles de la época figuraba a lo largo de años y años Enrique el Mellizo al pie de la cuadrilla del señor Manuel.

Ambos fueron repetidas veces a América a torear. En Méjico se agregó a la cuadrilla un banderillero del país, llamado Lino Vargas *Pimienta*, un azteca cetrino cuyo rostro estaba lleno de granos y diminutas verrugas, que le daban un aspecto inconfundible.

Una tarde de los últimos años del pasado siglo paseaban los tres por los arrabales de la villa Tacuba y se tropezaron con una reliquia prehispánica, que causó admiración y extrañeza al señor Manuel y a su compadre. Se trataba de un viejísimo tronco de árbol, retorcido, casi caduco, protegido por un muro de un metro de altura y una espesa verja de hierro.

-Este es el árbol de la Noche Triste –anunció *Pimienta*.

Nuestros compatriotas exigieron más referencias, que *Pimienta* se apresuró a suministrar. El legendario tronco, del que surgían algunas heroicas ramas verdes, era un ahuehuate o sabino, a cuya sombra, según la tradición, una noche de julio de 1520 Hernán Cortés, derrotado por los indígenas, se sentó a llorar.

Atendían los dos compadres al verrugoso banderillero, que se animaba cada vez más al conjuro de su propia elocuencia.

-Aquí lloró Cortés. Aquí los míos batieron el cobre y Cortés se echó a llorar, deteriorado, asustado como una criaturita...

Por aquellos años Manuel Hermosilla era un cincuentón arrogante, del que había dicho un crítico taurino que “si algún escultor inglés quisiera trasladar al mármol las correctas líneas de un torero español, tomaría a Hermosilla por modelo”.

Ese juicio orienta adecuadamente a imaginarse la buena planta del torero de Sanlúcar (aunque no se explique uno por qué tendría que ser inglés el escultor de referencia). El caso es que el veterano Hermosilla, por robusto y bien fardado, no debía de ser un adversario fácil a la respetable hora de los empujones.

Ante los conceptos descriptivos que *Pimienta* iba emitiendo con manifiesta discreción, Hermosilla empezó a sentirse progresivamente molesto. Además, llevaba Hermosilla un grueso bastón de caña con puño de marfil, que *Pimienta*, con evidente desconocimiento de la psicología experimental, no había tenido en cuenta al desarrollar su desagradable perorata.

-Aquí lloró Cortés –repetía *Pimienta* jubilosamente-. Aquí lloró Cortés, que salió de la trifulca hecho una lástima.

Y como remate de su erudita crónica, apostilló:

-Aquí lloró aquel pendejo.

En todas las polémicas y discusiones puede surgir una palabra definitiva, capaz de desatar la tormenta. En este caso que nos ocupa, la clave del desastre fue la palabra “pendejo”.

El señor Manuel Hermosilla, que había ido ensombreciéndose a medida que sopesaba los agravios que se inferían al conquistador, avanzó impetuosamente hacia *Pimienta*, lo sujetó por la solapa y le gritó:

-¡Pendejo tú, malasombra! ¡Aquí lloró Cortés y aquí vas a llorar tú ahora!

Y enarbolando el bastón propinó al banderillero una zurra tal que, según comentaba posteriormente Enrique el Mellizo, del eco de los bastonazos vibraba la verja.

Unos días después se encontraban los dos compadres en la capital mejicana, en una taberna donde solía reunirse el mundillo taurino de las dos riberas del Atlántico. Se comentaba, más o menos festivamente, el incidente que había tenido lugar al pie del árbol histórico, cuando *Pimienta* hizo su aparición en el local. Hubo un momento de expectación. ¿Se reproduciría la reyerta? Pronto se vio que no había nada que temer. *Pimienta*, así que vio al señor Manuel Hermosilla, cambió el rumbo de su marcha y se dirigió al mostrador, donde apuró silenciosamente un vasito de caña; después, sin saludar a nadie, sin mirar a nadie, siempre en silencio, se marchó.

Entonces Enrique el Mellizo comentó con un aire ingenuo que parecía traslucir “ni pongo ni quito rey, pero ayudo a mi compadre”:

-¡Qué raro está *Pimienta*! ¿No cree usted, compadre, que *Pimienta* ha cambiado mucho?

Y Hermosilla, que no había quitado ojo a su víctima, cuyo rostro era un mosaico de vendas, parches y tafetanes, murmuró gravemente:

-Sí. Antes era *Pimienta* en grano, y ahora es *Pimienta* molía.

11. Una calle del Puerto en día de toros (*Madrigal*, nº 47).

En Cádiz no va nadie a los toros, y ya es proverbial el repetido fracaso económico de las empresas de su plaza. Pero el Puerto, por el contrario, se enciende como un meteoro los días de corridas. Y es tan grande y tan holgado, que por sus calles pasa la gente forastera y sobra calle siempre. Y hasta quedan calles solitarias, donde de pronto un solitario como yo se tropieza con un milagroso hallazgo escalofriantemente jubiloso: Allá va lo que yo me encontré.

Tomé una larga calle sin gente, para ir a la plaza. Con sorpresa observé que los cierros de las casas estaban abiertos y que tras las rejas esperaban las familias, apacible y silenciosamente sentadas, ¿el paso de las gentes? ¿el paso de los coches? ¡Si por aquella ancha calle empedrada no pueden ir los autos y no pasaba nadie más que yo!

Estaban, pues, los cierros abiertos: una cosa extraña, por sí misma, sin ningún otro motivo, ya que el Puerto es la ciudad de las casas herméticas. Jamás verás desde la calle, al pasar, el dormitorio o la sala de una casa.

Ahora estaban abiertos los cierros, todos. En primera fila, impresionantemente tranquilos y expectantes, los niños. Y detrás las personas mayores. Y en el fondo un recuerdo neblinoso de muebles de caoba, de espejos, de camas barrocas o sencillas, de cortinas nuevas o viejas, pero todo de un melancólico y severo prestigio. Y sobre todas las cosas, el silencio de una calle vacía, por donde iba yo despacio y asombrándome. En una esquina, frente a una casita de tejados chatos, cerrada y ruinoso y con un petulante y atrevido escudo de piedra, me detuve a la puerta de una modestísima taberna. Dos mesitas de tablas de pino, con sillas de enea. Mostrador de pino también. Todo rebrincaba de purísima limpieza. Tres barrilitos, con la marca a fuego como un hierro de ganadería. Y la tabernera, esperando, esperando, en la puerta.

Pedí una chica de vino. Tenía sed de salinero y la saqué de un solo trago ancho y hondo. Y entonces se produjo la conmoción esperada. Ante aquellos silenciosos concursos de familias, por la calle empedrada, venían dos picadores a caballo. ¡Qué buena estampa la de aquella calle sin automóviles, la de aquella calle antigua que tiene casas de dos siglos! Uno llevaba el castoreño en la mano derecha, resbalado a lo largo de la calzona amarilla, y vestía casaquilla grana y oro. El otro llevaba puesto el castoreño, con el barboquejo echado a la bar-

ba, y vestía casaquilla negra y plata. Ya me explicaba ahora, súbitamente, porqué estaban de fiesta los pudorosos cierrros del Puerto de Santa María. Y había un solidario aire de emoción en los ojos inteligentes de aquella mujer que me había servido el vino y en el vello erizado de mis muñecas.

La corrida fue muy buena. Lo bueno y lo malo es relativo. En otra época la gente hubiera salido disgustada por el ganado. Los toros fueron lo que se llamaba en tiempos del Gallo “hermanas de la Caridad”: fáciles, dóciles, manejables y sin fuerza. Como estaban gordos, disimulaban la poca edad. Los toreros hicieron con ellos lo que quisieron. No había en todo aquel juego ningún aparato trágico ni violento, ni siquiera en la brusca volteada que un toro colorao dio a Rafael Ortega.

Cuanto más corridas veo, más admiro a Juan Belmonte –yo, que soy gallista- ¿Cómo podía con aquellos toros de entonces aquel hombre endeble, aquella ruina física, en competencia con José, un coloso apolíneo signado por los dioses con la fuerza y la gracia?

12. El icono (*Madrigal*, nº 7 y 8, octubre-noviembre de 1952).

El icono conserva todo el aparato impresionista del arte figurativo cristiano de la baja antigüedad. Es genuinamente oriental, está reñido con la belleza corpórea que caracteriza el arte griego, huye de la impresión estereométrica de espacio y se reduce a un fenómeno de silueta.

No nos parece a los occidentales, embebidos hasta los tuétanos en la idea clásica de la belleza greco-latina, que haya gentes enfervorizadas de verdad ante esas figuras hieráticas, pasmadas y sordas. Y, sin embargo, como las miniaturas de los salterios y los códices, tales figuras están henchidas de simbolismo religioso y representan un mundo riquísimo en matices psicológicos, que los cristianos orientales conocen y sienten, como nosotros a Zurbarán y a los imagineros.

A aquel mundo de símbolos, oponemos un mundo de realismo. Las vírgenes de Rafael son deliciosas muchachas italianas. Las de Murillo tienen sus pies en el Guadalquivir. Nuestros Cristos sangran de verdad bajo varazos que tiemblan físicamente en el aire. Y ahí está en el Prado ese estremecedor “Martirio de San Bartolomé” de Ribera...

El icono –“la sublime magia del icono”, dice un historiador alemán de Arte- permanece fiel a sí mismo. Véase cualquier reproducción de pinturas de monasterios egipcios del siglo V y se verá la pintura mural de cualquier monasterio ruso. El Renacimiento no ha conmovido al icono. Los viejos dioses de la mitología mediterránea, al abatir banderas, pusieron su belleza al servicio del arte cristiano de occidente, y no se atrevieron a acercarse a aquella otra representación simbólica y etérea como una llama. Y así persiste el icono, con su fondo

dorado que significa el infinito, sus planos superpuestos que evitan la idea de espacio, y sus masas policromadas que expresan lo ornamental y que a nuestros ojos infunden la idea de una espléndida calcomanía.

He ahí en la liza del arte dos mundos frente a frente, que no reducen sus distancias. Bizancio insobornable frente a las ruinas ilustres del Partenón y el Foro. Y esas distancias las mide físicamente el leve festón de playa de un mar común, que antes fue un Leviatán tragador de los gigantescos imperios de sus riberas, y hoy es algo así como un tajo de salina, bajo el rondó de los aviones supersónicos.